

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

---

# EL ESCLAVO DE SU CULPA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

---

QUINTA EDICIÓN

---

MADRID

SALON DEL PRADO, 14, HOTEL

1902



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
**Biblioteca Nacional**

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

2199

EL ESCLAVO DE SU CULPA

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# EL ESCLAVO DE SU CULPA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**JUAN ANTONIO CAVESTANY**

---

Representada por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL el  
13 de Diciembre de 1877

---

QUINTA EDICIÓN

---

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551.

---

1902

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

ENRIQUETA.....	DOÑA CÁNDIDA DARDALLA.
EMILIA.....	ANTONIA CONTRERAS.
CARLOS.....	DON ANTONIO VICO.
RAMÓN.....	ANTONIO ZAMORA.
ALFREDO.....	ALBERTO RODRÍGUEZ.
PABLO.....	JOSÉ BARTA.
UN CRIADO.....	JULIÁN CASTRO.

---

La escena pasa en Madrid.—Época actual



# ACTO PRIMERO

---

Gabinete elegantemente amueblado en casa de Ramón.

## ESCENA PRIMERA

RAMÓN y ALFREDO

- RAM. ¡En vano tu voz procura  
vencer mis inclinaciones!
- ALF. ¡Pero atiende á mis razones!...  
¡Disputas una locura!  
Es ya mucha obstinación.
- RAM. Pues no has de hacerme cejar.
- ALF. Hombre... ¡por Dios!... ¡Comparar  
Madrid con un poblachón!
- RAM. Yo no he comparado...
- ALF. Sí.
- RAM. Negarás inútilmente...  
Yo he dicho tan solamente  
que vivo mejor allí.  
¡Sí tall... hallo más placeres  
que en Madrid; ¡más alegría!  
paso un día y otro día  
en mi fábrica y talleres;  
ando, observo, me solazo,  
y los trabajos dirijo.
- ALF. Sí, sí, comprendo; ¡de fijo  
correrás un gran bromazo!
- RAM. ¡Mis gustos son diferentes!...

- ALF. ¡Ya lo veo!
- RAM. Y sobre todo,  
si vieras tú de qué modo  
me quieren aquellas gentes!  
Nunca allí llegó a turbar  
mi paz la envidia menguada.  
¡Créeme, Alfredo, no hay nada  
tan grato como el hogar!
- ALF. ¡Bah! ¡Tu inocencia me irrita!  
¡Ya no hay más hogar que el mundo!  
¿A qué ese asombro profundo?  
¡El hombre es cosmopolita!
- RAM. ¡Eh!
- ALF. ¡Patria, hogar!—¡qué demonio!—  
¡Pero que atrasado te hallas!  
¡Esas ya son antiguallas  
lo mismo que el matrimonio!  
¡En el día, aunque te asombre,  
no tiene razón de ser!  
¡Hoy es libre la mujer  
lo mismo que es libre el hombre!  
¡Cesen esas tiranías!  
¿Por qué esclavizarla así?
- RAM. (Sin poderse contener.)  
¡Mira... delante de mí  
no digas majaderías!
- ALF. ¡Te asombras al escucharme!
- RAM. ¡Es que estás disparatando!
- ALF. ¡Ya te irás acostumbrando  
con el tiempo!
- RAM. ¿Acostumbrarme?
- ALF. Ahora acabas de llegar  
de tu pueblo, y no lo extraño:  
¡ya verás dentro de un año!...
- RAM. No; ¡yo no puedo cambiar!  
¡Después de lo que te he oído,  
aquí feliz no he de ser!  
¡Por dar gusto á mi mujer  
accedí á ser elegido  
diputado, y te confieso,  
que fué bien á mi pesar!
- ALF. ¡Por algo se ha de empezar! (Burlándose.)
- RAM. ¡Nada; en cerrando el Congreso  
al pueblo otra vez! ¡Canario!



(Recordándolo con satisfacción.)

¡No hallaré en la corte nada  
parecido á la velada  
de casa del boticario!

¡Yo que aquí tanto me aburro  
no exhalaba allí un reproche!

¡Allí... pasaba la noche  
jugando al tute... y al burro.

ALF. ¡Hombrel... ¡Soberbia partida!

RAM. Iba más de la mitad  
del pueblo... ¡qué sociedad!

¡Si era lo más escogida!

El albéitar, su sobrina,

el síndico, el sangrador,

el alcalde, un regidor,

doña Rita, mi vecina,

dos señoras... muy pesadas,

un antiguo comerciante,

la viuda de un comandante

con tres hijas jorobadas;

el ahijado del tío Curro,

don Severo el intendente,

en fin, ¡ya ves!... buena gente.

ALF. Sí.. ¡para jugar al burro!...

RAM. Nunca mi mente olvidó  
las horas allí pasadas.

¡Daban unas risotadas

cuando me quedaba yo!

Allí sin filosofías

nos divertíamos mucho.

ALF. ¡Ay, Ramón! Cuando te escucho

comprendo las teorías

de Darwin.

RAM. ¿Es de buen tono  
sacar siempre tanto nombre?...

ALF. ¡Darwin sostiene que el hombre  
es descendiente... del mono!

RAM. ¡Oh!. Pues si son acertados  
los principios que me ofreces,

¿sabes tú que te pareces

mucho á tus antepasados?

ALF. Que eso tu voz me atribuya

con mis gustos se concilia,

sé que empezó mi familia

por donde acaba la tuya.  
¡Esas cosas no me afligen  
no me pasa lo que á tí!  
RAM. Mi mujer viene hacia aquí.  
No le descubras... tu origen.

## ESCENA II

DICHOS. ENRIQUETA por la izquierda

RAM. ¡Enriqueta! (Acercándose á recibirla.)  
ALF. ¡Prima mía!  
ENR. ¡Si vengo á estorbar á ustedes!...  
ALF. ¡Tú estorbarnos nunca puedes!  
ENR. Gracias.  
ALF. No es galantería.  
Estorba quien un solaz  
turba que nos entretiene,  
pero nunca la que viene  
á ser un iris de paz.  
ENR. ¡Hola! ¿Había discusión?  
RAM. Este estaba sosteniendo ..  
ALF. ¡No! ¡tú!...  
ENR. Siempre discutiendo.  
RAM. Pues ya acabó la cuestión.  
ALF. ¡Oportuna cual ninguna  
ahora tu presencia ha sido!  
RAM. ¡Siempre igual ha sucedido!  
¡Si ella es lo más oportuna!  
ENR. ¿De veras? (Con cariñosa coquetería.)  
RAM. (Contemplándola.) ¡Vale un Perú!  
¡Mirándola me embeleso!  
y no la doy un...  
(Volviéndose hacia Alfredo, que tose al ver que va á  
abrazarla.)  
RAM. ¡Por eso,  
porque estás delante tú!  
ENR. (¡Por Dios, Ramón!)  
RAM. (¿Digo mal?)  
ENR. (No, pero...) (Se sienta Enriqueta.)  
RAM. (Mirando á Alfredo.) (Es verdad, ahora...)  
ALF. (¡Oh escena conmovedora  
de santo amor conyugal!)

- RAM. Siempre que va por la calle  
aquí .. á mi brazo agarrada,  
deja á la gente parada  
examinando su talle.  
Y todos, con asia loca,  
de hablarla tienen antojos;  
algunos dicen... ¡qué ojos!  
otros dicen... ¡ay! qué boca.  
Y no falta entrometido  
que al ver cómo la sostengo  
dice... ¡qué envidia le tengo  
al zángano del marido!  
Ayer mismo, de paseo,  
uno, que será de fijo  
andaluz, según colijo  
por su gracia y su ceceo,  
dijo: «se me abren los poros  
al mirarla... ¡qué mujer!  
¡pues si tiene más que ver  
que una corrida de toros!»
- ENR. ¡Jesús! ¡qué exageración!
- ALF. ¡Era andaluz! no es extraño.
- RAM. ¡No, si á mí no me hace daño  
que digan eso!
- ENR. ¡Ramón!
- RAM. ¡Pero en fin, aún más deseo  
verla en mi modesta aldea  
siempre feliz!... ¡me recrea  
pensarlo!... ¡pues ya lo creo!  
¡Nadie allí turba mi calma;  
ninguna inquietud recibo,  
y vivo bien, porque vivo  
con mi mujer de mi alma!  
Con su cariño... en mis días,  
¿qué me importa lo demás?  
¡y en fin, no quiero hablar más  
por no decir tonterías!
- ALF. ¡Bravo!
- ENR. Gracias, mas preveo  
que aunque es ligera tu cruz,  
vas siendo tan adaluz...  
como el que nos vió en paseo.
- ALF. ¡Su entusiasmo es natural!
- RAM. ¿Verdad que sí? Gracias, primo.

ALF. (Pero chico... ¡tanto mimo  
en un hombre tan formal!...)

RAM. (¡Eh! quita allá.)

ALF. (¡Un diputado...  
de orden!) (Riéndose.)

RAM. ¡Ah!  
(Recordando repentinamente lo que había encargado  
á Alfredo)

ENR. ¿Qué es eso?

RAM. (Á Alfredo.) Dí.  
¿Viste al fin á Carlos?

ALF. Sí,  
esta mañana le he hablado,  
y me dijo que vendría  
conmigo á verte. (Mirando á su reloj.)  
Me espera  
en su casa y no quisiera...  
¡Oh, qué cabeza la mía!  
si son cerca de las tres!  
Voy más ligero que el viento  
Que vengais pronto.

RAM.

ALF. Al momento.  
Adiós, prima. (Vase por el foro.)

ENR. Hasta después.

### ESCENA III

ENRIQUETA y RAMÓN

ENR. ¿Quién es Carlos?

RAM. Aguilar.

ENR. No recuerdo...

RAM. Es un amigo  
que se ha criado conmigo  
y á quien deseo abrazar.  
Hace ya que no le veo,  
si está mi cuenta bien hecha,  
veinte años.

ENR. Larga es la fecha.  
(Queda pensativa.)

RAM. ¿Qué si es larga? ¡ya lo creo!  
En el pueblo nos criamos

juntos y juntos crecimos,  
mas luego cuando hombres fuimos  
nuestros pasos separamos.

El tenía aspiraciones,  
quiso del mundo gozar  
y aquí vino á realizar  
sus risueñas ilusiones.

Yo que, quizá más prudente,  
no tenía esa ambición,  
pasar quise en mi rincón  
la vida tranquilamente.

Y mientras él derrochaba,  
vanos placeres buscando  
yo en mi pueblo trabajando  
feliz y alegre gozaba.

ENR. ¿Y desde entonces quizá  
á verle no has vuelto?

RAM. No.

Alfredo ayer me contó  
que hace dos días que está  
en Madrid, y deseaba  
abrazarle.

ENR. Es natural. (Sigue pensativa.)

RAM. (Nota su distracción.)

¿Qué tienes? ¿te sientes mal? (Con sonrisa.)

ENR. ¿Yo? No tal.

RAM. Me figuraba...

(Contemplándola. Pausa.)

Con razón ha tiempo creo  
que algo te aflige y te inquieta.

ENR. ¡De veras que no!... (Con cariño.)

RAM. (Sentándose á su lado.) ¡Enriqueta,  
no me niegues lo que veo!  
¡Tú no eres feliz!

ENR. ¡Qué antojos!

¡No piense tu mente loca!...

RAM. ¿A qué me niega tu boca  
lo que me dicen tus ojos?  
De su radiante belleza  
no perdieron los destellos,  
pero hace tiempo que en ellos  
miro escrito tu tristeza,  
y al fin me confesarás  
que á la verdad no hago agravios;

¡podrán mentirme tus labios...  
pero tus ojos jamás!

ENR. ¡No!.. Sospechas sin razón.

RAM. No pienso haberme engañado:  
¿eres feliz á mi lado? (Con amor.)

ENR. ¡Te debo tanto... Ramón!

(Con viva expresión y ruborizándose á la vez.)

RAM. ¡No digas!

ENR.

Tú conocías  
la historia de mi existencia...

RAM. Vamos, calla... esa insistencia...

ENR. Tú mi pasado sabías...

RAM. ¡Mujer!...

ENR.

¡Y con noble empeño  
aquella falta olvidando  
tu amor me ofreciste, ansiando  
de mi mano ser el dueño!

RAM.

Bien; pero al hacerlo así  
yo, que ciego te adoraba,  
tu gratitud no buscaba,  
buscaba algo más en tí.  
¡No digo que esa virtud  
no atesores afanosa,  
pero amor es una cosa  
y otra cosa es gratitud!  
¡Esta da al pecho calor  
y aquel le abrasa sin calma!  
dime, ¿lo que hay en tu alma,  
es gratitud... ó es amor?

ENR. ¡Amor! (Con amor.)

RAM.

¿De veras?

ENR.

¡Oh! ¡sí!

RAM.

¡jamás te engañé!... ¡de veras!  
¡Haces bien!... ¡si tú supieras  
lo que yo te quiero á tí!  
¡Allá en un pueblo educado,  
nunca en la corte he vivido  
y en mi rincón he aprendido  
solamente á ser honrado!  
¡Yo seré rudo quizás  
ó franco cual tú me llamas,  
mas sabiendo que me amas,  
¿á qué quiero saber más?  
¡Oh! no sé qué conmoción

extraña mi pecho hiere;  
pero parece que quiere  
saltárseme el corazón,  
y es que repetir te oía  
que me amabas sin reposo,  
y me hiciste tan dichoso  
que me ahogaba la alegría.

ENR. Poco premio para tí  
es el premio de mi amor.

RAM. ¿Dónde hallar otro mejor?  
Ese sólo pretendí.

ENR. ¿Y no es tuyo?

RAM. ¡Oh, sí lo es! (Con amor.)

ENR. ¿Por qué, pues, esas manías?  
Mira; en pasando estos días,  
para primero de mes,  
nos vamos al pueblo: allí  
á vivir siempre.

RAM. ¿Qué dices? (Con alegría.)

ENR. ¡Allí seremos felices!

RAM. ¿Y has de privarte por mí?...

¡Jamás lo consentiré!

ENR. Mi dicha está en ser tu esposa,  
y á tu lado, venturosa  
en cualquier parte seré.  
Y cuando de trabajar  
allá en las noches de invierno,  
un asilo amante y tierno  
vuelvas buscando á tu hogar,  
yo allí te estaré esperando,  
y sin recelar de nada  
pasaremos la velada  
de nuestras dichas hablando.  
¡Si es tu tarea enojosa  
de ella podrás descansar  
junto al fuego del hogar  
y en los brazos de tu esposa!  
¡Allí con afán profundo,  
la existencia pasaremos  
y contentos viviremos  
lejos... muy lejos del mundo!  
¡Y sin ninguna inquietud,  
dando de honradez ejemplo,  
será nuestra casa el templo

del amor y la virtud!  
¡Amor que nos dé consuelo  
del mundo en la cruda guerra!  
¡virtud que desde la tierra  
nos vaya acercando al cielo!  
RAM. ¡Oh!... ¡dices bien!... ¡dices bien!  
Es tan buena como hermosa.  
ENR. ¡Allí seré yo dichosa,  
y tú lo serás también!

#### ESCENA IV

DICHOS, PABLO por el foro

PAB. Señor... (Entrando.)  
RAM. ¿Qué hay?  
PAB. Dos caballeros  
esperan en su despacho;  
dicen que usted...  
RAM. Sí, ya sé... (A Enriqueta.)  
Dos amigos diputados  
que vienen á que tratemos  
de un asunto; ayer quedamos  
en reunirnos aquí.  
ENR. ¡Oh! pues vé...  
(Levantándose.)  
RAM. Sí.  
ENR. Yo entretanto  
voy á poner cuatro letras  
á tu madre.  
RAM. Bien: yo acabo  
en seguida.  
ENR. ¿Escribirás  
tú también?  
RAM. Pues está claro.  
ENR. ¡Adiós, viejecito mío!  
(Haciendo una caricia á Pablo al pasar cerca de él en  
dirección á su gabinete.)  
PAB. ¡Jé! ¡Jé!... (Contemplandola embobado.)  
ENR. (A Ramón.) Adiós. (Vase por la izquierda.)  
RAM. (Desde la puerta.) ¡Si es mi encanto!



## ESCENA V

RAMÓN y PABLO

RAM.

¡Pablo!

(Volviendo y viendo á Pablo enternecido.)

PAB.

¡Señor!...

RAM.

¿No es verdad  
que es un ángel?

PAB.

¡La idolatro,  
señor, con toda mi alma!  
Desde que nació, á su lado  
viví siempre, y nunca olvido  
que, cuando niña, en mis brazos  
la llevaba á todas partes  
siendo mi dicha y mi encanto!

RAM.

Por eso yo no he querido  
que mientras viva el buen Pablo  
ni un sólo día se aleje  
de esta casa.

PAB.

Y yo le pago,  
señor, con mi fiel cariño,  
aunque es de valor extraño.

RAM.

¡Ya lo sé, Pablo!

PAB.

Señor,  
recuerde que en el despacho  
le esperan esos señores.

RAM.

¡Ah! sí: lo había olvidado.  
Llegaré á creer que el mundo  
ocupa sólo este espacio. (Vase por la derecha.)

## ESCENA VI

PABLO, luego ALFREDO y CARLOS por el foro

PAB.

No hay en él dicha completa.  
Si viviera mi buen amo  
y viera como yo veo  
feliz á su hija... los años  
pasaría como yo,  
hecho un viejo acartonado.

- ALF. Por aquí, Carlos.  
PAB. ¿Quién llega?  
(Alfredo y Carlos entran por la puerta del foro. Pablo, al fijarse en Carlos, retrocede comprimiendo un grito de sorpresa.)  
¡Dios mío!
- ALF. ¿Eh? ¿qué le ha dado  
al buen Pablo?  
PAB. Nada... achaques  
de la vejez.  
(Reprimiéndose de su turbación, pero con la vista fija en Carlos.)
- ALF. ¡Pobre Pablo!  
¡Los años son una carga  
muy pesada! ¿Se ha marchado  
Ramón?  
PAB. No señor; está  
ocupado en su despacho.  
Si usted quiere que le avise...  
ALF. No.  
PAB. Bien.
- ALF. Siéntate aquí, Carlos. (Se sienta.)  
PAB. (¡Carlos... no! mis viejos ojos  
(Rechazando sus pensamientos.)  
me hacen ser un visionario.)

## ESCENA VII

CARLOS, ALFREDO

- ALF. Pues señor, este salón (sentándose.)  
convida á que le esperemos  
sentados  
CAR. ¿Conque tenemos  
ya diputado á Ramón?  
ALF. Sí tal.  
CAR. Su buen gusto alabo.  
ALF. ¡Quién imaginar podría!...  
CAR. ¿Sabes que me da alegría  
verme por Madrid al cabo?  
ALF. ¿Regresas gustoso?  
CAR. Sí.  
Aquí mi dicha fué cierta,

y al volverlo á ver despierta  
muchos recuerdos en mí.

El placer nunca se olvida,  
y yo, con suerte extremada,  
pasé aquí la temporada  
más dichosa de mi vida.

¡Jamás tan locos placeres  
en su incesante anhelar  
pudo mi mente soñar!

¡Orgías, bailes, mujeres!  
Nada entonces, según creo,  
ansiaba mi corazón,  
que iba la satisfaccion  
delante de mi deseo.

ALF. No hay quien en gusto te iguale  
Tengo ha tiempo esa evidencia.

CAR. Allí aprendí la experiencia  
del mundo, que tanto vale,  
aunque es bien triste en verdad.

ALF. Qué, ¿de nada te ha servido?...

CAR. Si tal; por ella he podido  
conocer la sociedad.  
Y al mirarla de ese modo,  
su velo ansiando romper,  
he venido á comprender  
que en ella es mentira todo.

Hablo con exactitud,  
no es que estoy en un error;  
hoy ya es un mito el amor  
lo mismo que la virtud.

ALF. ¡Hombre! Asombrado me dejas  
con tan cruel teoría.

CAR. Antes... yo también creía  
en esos cuentos de viejas;  
pero hoy, chico, no lo dudes,  
nadie á negarlo se atreve;  
en el siglo diez y nueve  
no entendemos de virtudes.

Que en este siglo de locos,  
de genios y de hombres duchos,  
sabios... tal vez haya muchos,  
pero santos hay muy pocos.

ALF. ¡Chico!

CAR. Te lo digo yo,

- y á mí nunca me engañaron:  
los santos ya se acabaron.
- ALF. No diré yo tanto.
- CAR. ¿No?
- ALF. Quizás haya algunos otros  
que ser buenos se propongan.
- CAR. Sí, sí; como no nos pongan  
en un altar á nosotros...
- ALF. ¿A nosotros?
- CAR. Sí.
- ALF. Tú infieres...
- CAR. Es injusto que te asombres.
- ALF. ¡Buenos estamos los hombres!
- CAR. ¡Pues digo que las mujeres!...
- ALF. La mujer siempre es mejor  
que el hombre.
- CAR. Ni que lo creas.
- ALF. Yo sostengo mis ideas.
- CAR. Pues estás en un error.  
Yo no tengo esa creencia  
ridícula por trivial,  
de que es un ser ideal  
que endulza nuestra existencia.
- ALF. Pues yo creo, sin embargo,  
que si se sabe elegir...
- CAR. No, mujer... quiere decir  
contribución con recargo.  
No hay dos que marcarse puedan  
con una honrosa excepción;  
¡todas, chico, iguales son!  
No aprenden el mal, lo heredan.  
Con los ejemplos que vieron  
ninguna piensa en la enmienda.  
Eva inauguró la senda  
que todas ellas siguieron;  
y después, con la corriente  
del tiempo, ¡ha habido á estas horas  
tantas Evas pecadoras...  
y tanto Adán inocente!  
Con la inmodestia extremada  
que en ellas nota el que es ducho,  
todas piensan valer mucho  
y valen muy poco ó nada.  
¿Amor?... Jamás, no lo dudes,

de amor sintieron las huellas.  
¿Virtud?... ¡Buenas están ellas  
para entender de virtudes!  
Fiel, hacendosa y constante  
ni una sola encontrarás...  
y en fin, no te digo más  
porque ya he dicho bastante.

ALF.

CAR.

¡Hombre, qué exageración!  
Pues aun siendo de ese modo  
la mujer, después de todo,  
es mi constante afición,  
y ahora en la corte, mil daños  
de fijo me causará...

ALF.

¿Cuánto hace que faltas ya  
de Madrid?

CAR.

Diez y seis años.

ALF.

¿Cómo? ¿Tanto tiempo ausente  
pasaste?...

CAR.

Sí, chico, sí.

Hace un año estuve aquí,  
pero días solamente.

ALF.

Entonces no la has de hallar  
igual que la abandonaste;  
la corte que tú dejaste  
no es la que vas á encontrar.

CAR.

Pero hablando de otra cosa,  
¿conque Ramón se ha casado?

ALF.

Sí, ya hace un año que ha entrado  
en el gremio.

CAR.

(Con curiosidad.) ¿Y dí, su esposa?...

ALF.

¡Oh? (Con admiración.)

CAR.

¡Sí!... ¿Eh?... (Con malicia.)

ALF.

¡Vaya! ¡Bocato  
*di cardinali!* ¡Verás  
qué mujer! ¡No cabe más!  
¡Qué elegancia! ¡Qué buen trato!  
¡Atenta, fina, agradable,  
modesta, sencilla, hermosa,  
discreta, lista, graciosa!...

CAR.

¡Chico, chico! ¿Y es amable?  
(Con maliciosa intención.)

ALF.

¡Hasta allí!

CAR.

¡Eh!

ALF.

¡Es un portento  
de gracias y perfección!

- CAR. ¿Y cómo escogió á Ramón?  
ALF. ¡Toma! ¡Pues ahí está el cuento!  
CAR. ¡Pretendo explicarme en vano  
tan intempestivo amor!  
¡Mujer de tanto valor...  
y esposa de un provinciano!  
ALF. ¡El es un hombre muy fiel!  
CAR. ¡No hay mujer que afecto cobre  
á esas cosas! Dime... ¿es pobre?  
ALF. ¡Qué!... ¡Si es más rica que él!  
CAR. Entonces... ¡Ah!... (Con malicia.)  
ALF. ¿Que te da?  
CAR. ¡Ya! (Con marcada intención.)  
ALF. ¿Qué?... ¿Vas á presumir?..  
CAR. Había algo que encubrir...  
(Bajando misteriosamente la voz.)  
ALF. ¡No señor, no!  
CAR. ¿Que no?... ¡Bah!  
¡Pobre Ramón!  
ALF. ¿Qué has pensado?  
CAR. ¡Nada: yo al vuelo las pillo!  
ALF. ¡Hombre!... ¡por Dios!  
CAR. ¡Pobrecillo!  
¡Estaba predestinado!..  
ALF. ¡Yo no he dicho!..  
CAR. Por sabido  
se calla... ¿conque acerté?  
ALF. ¡Chits! habla bajo.  
CAR. Seré  
prudente... con un marido.  
Ten más confianza en mí  
y no temas que yo cuente...  
Conque, vamos, francamente,  
¿he acertado?  
ALF. (Bajando la voz.) Pues bien, sí,  
péro... (Marcando la acción de callar.)  
CAR. ¡Es claro! ¿y qué pasó?  
ALF. Creo que en su juventud  
puso á prueba su virtud  
cierto mozo...  
CAR. ¿Y la engañó?  
ALF. Aprovechó el descreído  
su inocencia.  
CAR. ¡Sí!

ALF.

¡Y ya ves!  
mas sin embargo... ella es  
un ángel!

CAR.

¡Ya estoy! (Caído.)

ALF.

Pues bien, cuando eso pasó  
en época ya olvidada.  
la pobre... desengañada,  
á un pueblo se retiró  
sola con su padre, huyendo  
de la corte y su alegría.  
En ese pueblo vivía  
Ramón.

CAR.

Ya voy comprendiendo.

¿Ves cómo no me equivoco?

ALF.

Al verla discreta y bella,  
afirman que Ramón de ella  
se enamoró como un loco.  
Pidió á su padre su mano,  
y como buen caballero  
quiso contarle primero  
aquella historia el anciano.  
Ramón con pena la oyó;  
mas como con su alma toda  
la amaba, de aquella boda  
por eso no desistió.  
En aquel tiempo quince años  
ó muy poco más tendría.  
¡Ya ves tú qué entendería  
de traiciones y de engaños!  
¿Y él aceptó?

CAR.

ALF.

Sí; casada  
está con él.

CAR.

¿Y es feliz?

ALF.

Sí; se olvidó aquel desliz,  
y Ramón...

CAR.

Hizo una hombrada.

Nada en ello hay que me asombre.

ALF.

¡Ella vale un potosí! (Con entusiasmo.)

CAR.

Lo que me parece á mí  
es que tu prima... (Con intención.)

ALF.

(Rechazando esa intención.) ¡Qué! ¡hombre

CAR.

Creí...

ALF.

¡Tengo en otra ahora (Con entusiasmo.)  
puesto todo mi interés!

- CAR. ¡Hola! sepamos quién es.  
ALF. Una chica... ¡encantadora!  
CAR. ¡Bien!  
ALF. ¡Tiene hechizos á miles  
y eso mi cariño aumenta!  
¡Figúrate tú que cuenta  
poco más de quince abriles!  
CAR. Bonita edad.  
ALF. ¡Su presencia  
es tan tierna y delicada!  
¡y luego aquella mirada!  
¡y luego aquella inocencia!  
¡y luego!...
- CAR. Basta.  
ALF. ¿Por qué?  
CAR. Porque nadie te reclama  
tanto detalle. ¿Y se llama  
esa niña?...
- ALF. ¡No lo sé! (Con marcada reserva.)  
CAR. Me ofende que así rehuyas  
decírmelo.
- ALF. No te asombres:  
De las víctimas los nombres,  
según las máximas tuyas,  
no se revelan jamás.
- CAR. Bien dicho... sé reservado  
con ellas, que hombre callado  
es el que consigue más.  
Sin embargo, á mí...
- ALF. Ya sé  
que en tí puedo confiar.
- CAR. Yo soy hombre de fiar  
y...
- ALF. Es verdad; me explicaré.  
Una tía setentona  
que sólo penas me ofrece  
y que la estampa parece  
de Lucifer en persona,  
es quien vive en compañía  
de esa niña, y no la deja  
hablarme. Al pie de la reja  
tengo que estar todo el día  
expuesto á que si alguien pasa  
al verme se eche á reir,



y sin poder conseguir  
entrar dentro de la casa,  
ya ves...

CAR. Veo que no vas  
por buen camino.

ALF. ¿Y qué medio  
hallar, si por más que asedio?...

CAR. Pensando lo encontrarás.

ALF. ¿Pensando?... ¡Más que he pensado  
no es posible!

CAR. ¿Y no te ocurre?...

ALF. Nada.

CAR. Pues, hijo, discurre,  
piensa.

ALF. ¡Estoy desesperado!

¡Nadie en caso igual se halló!

CAR. Mal la impaciencia contienes.

ALF. ¿Y qué hacer? Si tú, que tienes  
más experiencia que yo,  
quisieras aconsejarme,  
podiera intentar al menos.

CAR. No; yo en asuntos ajenos  
no quiero nunca mezclarme.

ALF. Vamos, hombre, por favor.

CAR. Tú eres quien debe pensar.

ALF. Pero si tú has de encontrar  
un medio mucho mejor.

¿Por qué no atiendes mi ruego?

CAR. Ya que te empeñas así,  
lo pensaré, pero á mí  
no me eches la culpa luego.

ALF. No temas.

CAR. Yo no debía  
mezclarme, mas...

ALF. ¡Triunfaré!

CAR. A esa niña arrancaré  
de las garras de su tía.

ALF. Bien dicho.

CAR. Conseguirás  
lo que tu pecho desea.

ALF. ¡Bravo!

CAR. Me ocurre una idea.

ALF. ¿Cuál es? Sepamos.

CAR. Verás.

- ALF. Dí.  
CAR. Burla la vigilancia  
de esa vieja tía.
- ALF. Y bien,  
¿qué?...
- CAR. La metes en el tren  
y te vas con ella á Francia.
- ALF. ¿Eh?  
CAR. ¿No te ama?  
ALF. Sí.  
CAR. Corriente,  
pues de su cariño en nombre  
se lo suplicas.
- ALF. Pero, hombre...  
¿Si ella es lo más inocente!  
De serlo ha dado mil pruebas,  
no son estudiadas mañas.
- CAR. Entonces, chico, la engañas  
y engañada te la llevas.
- ALF. ¿Cómo?  
CAR. Inventas una historia  
cualquiera, urdida hábilmente,  
ella la cree, consiente,  
y aquí paz y después gloria.  
La dices...
- ALF. ¿Qué?  
CAR. Que su tía  
no quiere darte su mano,  
por ejemplo, y que es en vano  
de tu ruego la porfía;  
y, por tanto, si desea  
casarse, no tiene más  
que seguirte, y te unirás  
con ella.
- ALF. No es mala idea.  
A ponerla en planta voy.
- CAR. La haces ver, sin asustarla,  
que vas á depositarla  
con gran cuidado...
- ALF. Ya estoy.  
CAR. En la casa de un pariente  
de... *otra tía* que te adora;  
buscas luego... una *señora*  
que ese papel represente.

- ALF. Y una vez ya la doncella  
en mi poder..
- CAR. ¡Tú prometes  
mucho!
- ALF. ¡Tomo los billetes!
- CAR. ¡Justo, y á París con ella!
- ALF. Bien. (Con alegre impaciencia.)
- CAR. Pero calma y sosiego,  
no lo echés todo á perder.
- ALF. ¡Qué dichoso voy á ser  
con ella, que todo es fuego,  
todo amor, todo inocencia!
- CAR. Esa alegría se explica.
- ALF. ¡Figúrate tú, una chica  
con la propia inexperiencia  
de su primera pasión!  
¡No me cambio en este instante!..
- RAM. ¿En dónde está ese tunante  
de Carlos? (Saliendo.)
- CAR. ¡Mi buen Ramón!
- (Pablo, que había salido tras de Ramón, se retira por la  
puerta del foro).

## ESCENA VIII

CARLOS, ALFREDO y RAMÓN

- RAM. ¡Un abrazo!
- CAR. ¿Cómo estás?
- RAM. ¡Verte por fin he logrado!  
¡Hombre, vienes trasformado!  
¡Dame otro abrazo!
- CAR. Y mil más.
- RAM. ¡Aprieta! La calma pierdo.
- CAR. Verte aquí me lisonjea.
- RAM. ¿Te acuerdas de nuestra aldea?
- CAR. Ya lo creo que me acuerdo.
- RAM. ¡Qué tiempos! ¡Por Belcebú!  
Nunca mi mente olvidó...  
Tú eres más listo que yo  
yo más juicioso que tú.
- CAR. ¿De esas historias añejas  
aun los detalles explicas?

RAM. Tú gustabas... á las chicas,  
yo les gustaba á las viejas.

CAR. ¡Vaya con Ramón!

ALF. En vista  
de que al volvernos á hallar,  
tendréis mucho de que hablar  
en la primera entrevista,  
solos os dejo á los dos.

RAM. Pero... ¿por qué te despides?

ALF. Volveré pronto.

CAR. (Con maliciosa intención.) No olvides...

ALF. No tengas cuidado. Adiós.

(Vase por el foro )

## ESCENA IX

CARLOS, RAMÓN

CAR. ¿Conque te has casado?

RAM. Sí.

CAR. ¿Y eres feliz?

RAM. Ya lo creo.

Nada anhela mi deseo  
ni más dicha pretendí.

CAR. Pues á mí, Ramón, los años  
me han dado, en tan larga ausencia,  
con su caudal de experiencia  
su caudal de desengaños  
Así, pues, no extrañes ver  
en mí gravedad tan fría,  
huyó de mí la alegría  
para nunca más volver.

RAM. Ya volverá.

CAR. ¡Lo que es eso!

RAM. Casi empiezas á vivir.

¿Pero me quieres decir  
la causa de tu regreso  
á Madrid?

CAR. Es muy sencilla:  
verte.

RAM. ¿Y eso te ha movido?...

CAR. Sólo por eso he venido

á Madrid desde Sevilla

¡El asunto es grave!

(Acercándose á Ramón y en tono confidencial.)

RAM.

Dí;

á servirte yo me obligo.

CAR.

Gracias.

RAM.

Tú eres más que amigo  
un hermano para mí.

Habla, pues.

CAR.

Que oigas formal  
permíteme que te exija.

(Breve pausa.)

Ramón... Yo tengo una hija.

RAM.

¡Eh! ¿Tú una hija? (Con extrañeza.)

CAR.

Sí tal.

Mi amor en ella he cifrado  
pagando así mi tributo.

RAM.

¿Y esa niña será el fruto  
de algún amor desgraciado?

CAR.

Justo. (Con frialdad.)

RAM.

¿Y lo dices así?

¡Pobrel

CAR.

No nos detengamos  
por eso.

RAM.

Bien; mas sepamos  
qué es lo que quieres de mí.

CAR.

Dispensa si mi porfía  
te cansa...

RAM.

No temas nada.

CAR.

En una calle apartada  
con una parienta mía,  
cuyo noble afán sincero  
su bien tan sólo ambiciona,  
y que es además persona  
en quien confío y espero,  
tengo á la pobre metida  
en un viejo caserón,  
donde sin más distracción  
oculta pasa la vida.

RAM.

¡Infeliz! Sigue.

CAR.

Hace ya  
un año la traje aquí,  
después á Sevilla fuí,  
y el tiempo que estuve allá

por cierto negocio urgente,  
quedó casi abandonada.

¡Ya ves tú que confiada  
á una mujer solamentel...

RAM.

Aun no caigo...

CAR.

Vas á ver:

yo, sin poderlo impedir,  
tengo á América que ir...

RAM.

¿Cómo!...

CAR.

Y podrás comprender  
que no he de querer llevarla  
conmigo.

RAM.

Es muy natural.

CAR.

Y puesto que por mi mal  
tengo en Madrid que dejarla,  
necesito con urgencia  
para marchar descansado,  
alguien que vele á su lado  
por ella mientras mi ausencia.

RAM.

(Comprendiendo el deseo de Carlos.)

¡Ah!

CAR.

Yo tengo mil amigos  
serviciales y sinceros  
de aventuras compañeros  
y de mis lances testigos:  
mas para un asunto así  
recurrir debo á otra parte,  
y aun á trueque de cansarte  
vengo buscándote á tí.

RAM.

Has hecho bien.

CAR.

Eso ya

calma mi ansiedad prolija.

RAM.

Marcha tranquilo, tu hija  
en mi poder quedará.

CAR.

¡Oh! de tu buen corazón  
nunca en mi inquietud dudé.

RAM.

Yo por ella velaré.

CAR.

¡Gracias, mil gracias, Ramón!

Yo que en loco devaneo  
del mundo entero me río,  
que en el amor no confío,  
y que en la virtud no creo;  
yo que dudando de todo  
nunca al deseo resisto...

¡desde que á esa niña he visto  
siento de distinto modo!

Mas tú la conocerás;

ya no tengo que temer;

¿verdad que la has de querer?

¿verdad que la ampararás?

¡Oh, sí, sí! ¡Mi amor profundo  
por tí desecha su pena!

¡vela por ella!... ¡Es tan buena  
y está tan sola en el mundo!

RAM. ¿Sola en el mundo? ¿Y su madre?  
¿No vive ya?

CAR. ¡Qué sé yo!

(Dominado un tanto por el remordimiento.)

RAM. ¿No sabes ni si murió?

CAR. No.

RAM. ¿Que no? ¿Y tú eres padre?

CAR. Lo soy.

RAM. Pues aunque te aflija,  
lo que tú debes hacer  
es buscar á esa mujer  
y darle madre á tu hija.

CAR. ¿Yo?

(Estorzándose por recobrar su natural escepticismo.)

RAM. ¿No intentaste jamás  
buscarla?

CAR. No hago memoria.

RAM. (Reconviniéndole.)

¡Carlos!

CAR. No es rara esta historia,  
sino vulgar por demás.

RAM. Dí.

CAR. Cuando esas relaciones  
que apenas recordar puedo,  
de un colegio de Toledo  
á pasar las vacaciones,  
salió llena de placer.

RAM. ¿De Toledo dices?

CAR. Sí.

RAM. Conozco un colegio allí  
donde estuvo mi mujer.

CAR. A su casa presentado  
cierto amigo me llevó;  
su anciano padre confió

en nosotros demasiado  
y el descuido de un instante..  
la ocasión...

RAM.

¿Tuvo un deslíz!

CAR.

Sí.

RAM.

¡Siempre el mismo! ¡Infeliz!  
pero vamos adelante.

CAR.

Un medio pude prever  
de evitar el compromiso;  
y ella á su padre permiso  
le pidió para ir á ver  
á una amiga que tenía  
en Zaragoza: fué allí;  
yo antes á esa amiga ví,  
porque también lo era mía,  
y en esa casa nació  
esta niña, hoy ya mujer,  
y á su madre hice creer  
que al poco tiempo murió.

RAM.

¡Eh! (Levantándose y con creciente interés.)

CAR.

¡Cruel fuí... pero así  
compromisos me evitaba,  
y á ella también la libraba  
de otros muchísimos.

RAM.

(Muy preocupado.) Sí,  
mas ella después sabría...

CAR.

No, con su padre se fué...

RAM.

¿Y le refirió?

CAR.

No sé

lo que entre ellos pasaría.

RAM.

¿Y cómo es que tus engaños  
la infeliz no conoció?

¿Cuánto hace que eso pasó?

CAR.

Háce ya diez y seis años.

RAM.

¿Eh! ¡Cómo! ¿Diez y seis?...

CAR.

Sí.

RAM.

¡Muy joven ella sería!...

CAR.

Quince años sólo tenía.

RAM.

(No sé qué pasa por mí.)

(Procurando serenarse.)

Pero dime, ¿tú no sabes  
si esa mujer se ha casado?

CAR.

No sé.

RAM.

¿No has averiguado?



- CAR. No.
- RAM. ¡Que así tu mal agraves!
- CAR. Una idea me ocurrió,  
y así salvarme he podido;  
usar un nombre fingido  
con ella.
- RAM. ¡Qué dices! (¡¡Oh!!)  
¡Tu conducta es más que odiosa!
- CAR. No comprendo ese interés...
- RAM. ¡Pronto! ese nombre, ¿cuál es?  
Dí.
- CAR. Fernando de Espinosa.
- RAM. (Aterrado.)  
¡Fernando!
- CAR. (Fijándose en él.)  
¿Qué es eso?
- RAM. Nada.  
(Esforzándose por dominar su turbación.)
- CAR. ¿Tanto ese nombre te inquieta?  
(Con recelo.)
- RAM. ¡Y el de ella!... ¡el de ella!...
- CAR. Enriqueta.
- RAM. ¡¡Oh!!  
(Cubriéndose la cara con las manos.)
- CAR. ¿Qué tienes?
- RAM. (Con reconcentrado dolor.)  
¡Desgraciada!  
¡Y tú!... ¡tú!... ¡cuánta maldad!  
¡Oh... y estos son esos seres  
esclavos de sus placeres  
que admite la sociedad,  
que á los buenos desampara  
y á estos infames tolera,  
cuando sin piedad debiera  
escupirles á la cara!
- CAR. ¡Ramón!
- RAM. ¡No!... si no ha de ser...  
¡El volcán de mi ira estalla!
- CAR. Alguien se aproxima. ¡Calla!...
- (Aparece Enriqueta en la puerta de la izquierda.)
- RAM. ¡Es ya tarde! (Delirante, viendo á Enriqueta.)  
¡Mi mujer!  
(Presentándosela á Carlos.)

## ESCENA X

DICHOS, ENRIQUETA

- CAR. (¡Eh?... ¡cómo!... ¡no es desvarío!  
¡Ella!) (viéndola.)
- RAM. (¡Por qué te estremeces?) (A Carlos.)
- ENR. ¡Fernando!... (Fijándose en Carlos.)  
(¡Jesús mil veces!)
- RAM. ¡Aquí la tienes! (A Carlos.)
- ENR. (¡Dios mío!)  
(Esforzándose por aparecer serena.)
- CAR. ¡Ramón!
- RAM. ¡No! ¡Si no has de hablar!
- CAR. ¡Enriqueta!
- RAM. ¡Es mi esposa!  
(Presentándola á Carlos.)  
¡Don Fernando de Espinosa!  
hoy don Carlos de Aguilar.  
(Representese este cuadro con toda la expresión que se  
reclama, aunque sin exageraciones melodramáticas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



# ACTO SEGUNDO

---

Gabinete elegante en casa de Carlos. Puerta al foro y laterales, con colgaduras corridas

## ESCENA PRIMERA

CARLOS, después ALFREDO por el foro

CAR. ¡Quién había de pensar  
(Pensativo, sentado en una butaca, al lado de un velador con libros, periódicos, etc.)  
que Ramón llegara á ser  
su marido!... Coincidencia  
más extraña no se ve. (Breve pausa.)  
¡Ramón... mi amigo querido,  
mi hermano de la niñez!  
(Hojeando un libro.)  
Mas no pensemos en eso,  
dejemos al tiempo hacer,  
que al fin la fatalidad  
es inqueblantable ley.  
(Se pone á leer. Alfredo entra muy preocupado por la puerta del foro, y sin saludar á Carlos va á sentarse al lado opuesto. Pausa.)  
¿Sopla mal viento?  
(En tono de burla contemplando el abatimiento de Alfredo.)  
Muy malo.  
Pues deja que truene. (Pausa.) ¿A quién

ALF.  
CAR.

(Riéndose de la serenidad de Alfredo)  
has comprado hoy esa cara  
de virgen y mártir?

ALF. ¡Pues  
búrlate tú ahora de mí  
cuando estoy con el cordel  
al cuello!

CAR. Pues, hijo, aprieta  
y sal de penas.

ALF. Amén.

CAR. Te ahogas en un vaso de agua.

ALF. Pues nado.

CAR. Sí, como un pez  
de plomo. Ten pecho ancho  
como yo. Vamos á ver,  
¿qué te ha pasado?

ALF. ¿Qué? ¡Nada!

Ví á esa niña, la conté  
la historia que tú dijiste;  
la referí... aquel belén  
de la tía, y ella... ¡es claro!  
¿Está decidida?

CAR.

ALF. ¡Pues!

decidida... á no seguirme.

CAR. ¡Já, já!

ALF. Pues hombre... está bien;  
¿y te ríes?

CAR. ¡Ya lo creo!

ALF. No me queda más que ver.

Tú tienes la culpa.

CAR. ¿Yo? (Riéndose.)

ALF. Sí señor.

CAR. No sé por qué.

ALF. Pues yo sí. Tú me dijiste  
que no había que temer.

CAR. Y me sostengo en lo dicho,  
sólo que yo no conté  
con tu torpeza. Estarías  
como un doctrino novel.

ALF. ¿Doctrino?... Ni Torquemada  
dió más chispas que yo ayer.  
La hablé de mi amor eterno,  
de mi ventura la hablé;  
la dije que iba á casarme

con ella; que es la mujer  
única que yo he querido;  
que es un ángel, que no sé  
cómo un amor tan inmenso  
puede en mi pecho caber.  
Pero chico, todo inútil,  
por más que hice no logré  
convencerla. Respondía  
á todo que ella también  
me amaba, que á mi pasión  
sabía corresponder,  
pero respecto á... largarse,  
*nequaquam*.

CAR. ¡Qué insensatez!  
hablar en lengua española  
de *casaca* á una mujer,  
y no responder, «¡andando,  
llévame aunque sea á Argel!»  
¡Es un caso raro!

ALF. Es cierto,  
y tan raro.

CAR. En fin, yo haré  
que capitule: pensemos  
otro medio.

ALF. Dices bien.

CAR. Virtudes tan invencibles  
vencí yo más de una vez.

ALF. ¡Ay, quién fuera Julio César!

CAR. ¡Me ocurre una idea!

ALF. ¡A ver!

CAR. Es necesario para esto  
otro tío.

ALF. ¡Y ya van tres!  
Pero no importa, una escuadra  
de tíos reuniré  
si es preciso.

CAR. Tú me has dicho  
que esa niña...

ALF. ¡Un ángel es!

CAR. Justo, un ángel... tonto.

ALF. ¡Hombre!

CAR. ¡Inocente!

ALF. ¡Ah!

CAR. Viene á ser

lo mismo. Pues bien, si es cierto que es tanta su candidez, aun la puedes... ablandar.

ALF.

¿Cómo?

CAR.

La haremos creer que has recibido una carta de este otro tío.

ALF.

¿De quién?

CAR.

¡Del nuevo!

ALF.

Bien, adelante.

CAR.

Este te puede poner en la carta que protege tus amores. Un papel escrito, aunque sea de estraza, tiene para la mujer un encanto irresistible aunque inexplicable.

ALF.

¿Y qué?

CAR.

Dice el tío en él, que si ella tu ventura puede hacer, y que si quieres casarte antes que se acabe el mes, porque, según tú le has dicho, esa niña... imagen fiel es de un angel celestial que ha venido de... Belén.

ALF.

¿Cómo?

CAR.

Sí, que él te apadrina, y en fin, que en vista de que la tía que la aprisiona es una arpía cruel que no quiere que se case, es fuerza que sin perder tiempo la lleves á casa de su hermana...

ALF.

Sí, ya sé...

CAR.

Hermana, que es la otra tía de que tratamos ayer.

ALF.

¿Qué tía? ¡Ah, ya... la que tengo preparada! La dejé en una fonda esperándome.

CAR.

Ella la epístola ve...

ALF.

¿Quién?

CAR.

¡La chica!

- ALF. ¡Ah!
- CAR. Me parece  
que el que viene de Belén  
vas á ser tú.
- ALF. No lo creas.  
Ya el lío desenredé  
y voy á ponerlo en práctica.
- CAR. Ahí tienes pluma y papel.
- ALF. Empiezo. «Querido Alfredo.»  
Pero señor... (Disponiéndose á escribir.)  
¿qué iba á hacer?  
¡Si ella conoce mi letra!  
Si quisieras tú...
- CAR. ¡Yo! ¿qué?
- ALF. Escribírmela.
- CAR. Pero hombre...
- ALF. ¿Qué menos puedes hacer  
por un amigo?
- CAR. No tengo  
hoy buen humor.
- ALF. Mas ¿por qué?
- CAR. Por nada: estoy preocupado.
- ALF. Vamos, hombre.
- CAR. Dices bien.  
Me conviene distraerme  
y he de lograrlo tal vez  
de ese modo: me conformo;  
trae, yo el tío seré. (Levantándose.)  
¡Ay, tío del alma mía! (Abrazándole.)
- ALF. Bien; deja para después  
esos arranques nerviosos  
de familia.
- ALF. ¡Triunfaré!
- CAR. «Querido sobrino Alfredo.» (Escribiendo.)
- ALF. ¡Hombre! (Interrumpiéndole.)
- CAR. ¿Qué es eso?
- ALF. ¿Por qué  
—y es más enérgico—no me haces  
tu hijo?
- CAR. Por no tener  
nietos.
- ALF. Bueno; me conformo  
con ser tu sobrino.
- CAR. «Sé

»que la joven de que hablamos  
»hace poco más de un mes  
»te quiere.»

ALF. No es mal principio.

CAR. «Sé que tú la amas también;  
»y sé, por último...»

ALF. Mira,  
pues no dejas de saber.

CAR. «Que la tía de esa joven  
»vuestro amor rechaza.»

ALF. ¡Eso es!

CAR. «Así, pues, si como dices,  
»en que sea tu mujer  
»te empeñas, puedes traerla  
»y depositarla...»

ALF. ¡Bien!

CAR. «En la casa de mi hermana,  
»que la espera, y yo seré  
»vuestro padrino de boda.»

¿Qué te parece, está bien?

ALF. ¡Admirablemente! firma.

CAR. «Tu querido tío.» (Firmando.)

ALF. (Tomando la carta.) ¡Eso es!

Al punto voy á su casa,  
la leo en un dos por tres  
la carta, cede al momento,  
se la va conmigo un pie,  
es decir... huimos y...

(Abrazándole.) ¡Ay, Carlos,  
qué feliz que voy á ser!

(Se dirige hacia la puerta y vuelve; Carlos se ríe, con-  
templando con calma su aturdimiento.)

¡Ah! tu coche está en la puerta;  
si me lo cedés iré...

CAR. Sí, hombre.

ALF. ¡Gracias! conqué, chico.  
si no vuelvo, hasta otra vez.

CAR. Buena suerte. ¡Ah! no te lloves  
con ella el coche también.

ALF. Adiós, tío.

CAR. Adiós, sobrino.

Que engordes.

ALF. Ya escribiré.

(Vase por el foro.)



## ESCENA II

CARLOS, después un CRIADO por el foro

CAR. ¡Pobre chico! ¡qué aturdido!  
No conseguirá tal vez  
lo que busca, pero al menos  
yo me divierto con él.  
Con el tiempo hará fortuna.  
Mucho aún le falta correr  
por este pícaro mundo,  
que al brindarnos al placer  
deja en el fondo del alma  
las ansias de la embriaguez.

(Queda pensativo.)

CRIADO Señor... (Entrando.)

CAR. ¿Qué hay?

CRIADO Una señora  
que pregunta por usted.

CAR. ¿No ha dicho su nombre?

CRIADO No.

CAR. ¿Y tú no sabes quién es?

CRIADO No la conozco.

CAR. Que pase. (Vase el Criado.)

¿Quién podrá venirme á ver  
á estas horas? ¡no calculo!  
¡Con eso me distraeré!

## ESCENA III

CARLOS. ENRIQUETA y el CRIADO, que después de entrar se  
retira por el foro

CAR. ¡Enriqueta! ¿usted aquí?

(Sorprendido al reconocer á Enriqueta, que al salir el  
criado se levanta el velo.)

ENR. Yo soy. (La emoción me vende.)

Si mi presencia le ofende,  
mi deber lo manda así.

En él tan sólo me fundo

al dar este paso extremo,  
y ante mi deber no temo  
lo que decir quiera el mundo.

CAR.

¡Señora!...

ENR.

Sé que Ramón,  
por lo que he podido oírle,  
hoy mismo vendrá á pedirle  
de todo una explicación.

CAR.

Hará muy mal: no es á mí  
á quien exigirla debe,

ENR.

¡Lo hará! (Con seguridad.)

CAR.

Si á tanto se atreve...  
por él lo sentiré.

ENR.

(Con triste ironía.) ¡Así  
lo creo! y usted... ofendido  
y cumpliendo como bueno,  
la cuestión á otro terreno  
querrá llevar decidido,  
donde pueda su pericia  
demostrarle con firmeza  
dónde triunfa la destreza  
y no triunfa la justicia!  
Por tanto á verle he venido,  
aunque eso me compromete,  
á pedirle... que respete  
la vida de mi marido.

CAR.

Señora... asunto tan grave  
sólo él lo puede evitar.

ENR.

¡Usted sabe manejar  
las armas; Ramón no sabe!

CAR.

¡Si él no me obliga!

ENR.

(Ofendida.) ¿Y así  
contesta?

CAR.

¡A mi honor soy fiel!  
¡Yo no he de buscarle á él,  
que no me busque él á mí!

ENR.

¡Oh!

CAR.

Para ofenderse ahora  
ningún agravio le he hecho.

ENR.

¿Y yo no tengo derecho  
para exigirlo?

CAR.

Señora...

ENR.

¡Ya sé que su obstinación  
por esto no cederá

y que mi voz no podrá  
llegar á su corazón!

CAR. Si usted no escucha con calma...

ENR. ¡Ya sé que le ruego en vano!  
que mi dolor, inhumano,  
no ha de comprender su alma!

CAR. ¡Enriquetal

ENR. ¡Y pensé yó...  
ver mi súplica atendida!  
¡Qué pronto su mente olvida  
deudas que nunca pagó!  
Hoy de su vida la senda  
feliz cruza en su alegría,  
pero al fin llegará un día  
en que su crimen comprenda,  
y causarán su tormento  
esos lazos que hoy le oprimen...  
¡que allí donde acaba el crimen  
empieza el remordimiento!

CAR. ¡Yo deploro lo pasado!

ENR. ¡Su proceder le desmientel

¿Por qué paga el inocente  
los delitos del culpado?

CAR. ¡No piense usted de ese modo!  
¡yo obré muy mal: no lo niego;  
pero de mi amor el fuego  
hízome olvidar todo!

Aunque hoy mi audacia le asombra  
mi amor disculpa mi error.

ENR. Oh!... ¡calle usted!... ¡no es amor  
el que asesina en la sombra!

Ese amor que no da calma  
en su eterno desvarío,  
que esclaviza el albedrío  
y que purifica el alma;  
ese encantador solaz

que explicar nadie ha podido,  
no es el deseo escondido  
bajo un villano disfraz!

¡Es más sublime su anhelo!  
es más puro y más honrado!

¡mira en el objeto amado  
las perfecciones del cielo!

¡De él sólo vida recibe

y adora aunque nada espere,  
no la materia que muere,  
el alma que siempre vive!  
¡Mas me exalto! (Transición.) ¡qué locura!  
¡Mi falta humilde confieso!  
Usted ya... ¿qué entiende de eso,  
qué sabe usted de amargura  
si jamás en su inquietud  
sintió su dardo traidor?...  
¿qué es para usted el amor,  
la honradez y la virtud?  
¡Nada! ¡Si yo en eso creo  
en mi propio mal me fundo!  
¡Para usted en este mundo  
no hay más ley que su deseo!  
¡No me juzgue usted así!  
Está usted en un error.  
¿Piensa acaso que el amor  
nunca en mi pecho sentí?  
¡Yo de él mi dicha esperé!  
yo confié en las mujeres,  
no miserables placeres...  
¡amor en ellas busqué!  
Y en vano mi loco anhelo,  
en su entusiasmo infecundo,  
encontrar quiso en el mundo  
ese amor hijo del cielo,  
y encanto del corazón  
que en mi mente imaginé!...  
¡En el mundo sólo hallé  
el engaño y la traición!  
¡Mujeres mis ojos vieron  
cual mis ilusiones bellas!  
¡Les hablé de amor... y ellas  
ese amor no comprendieron!  
¡Se mofaron al oirme  
sólo porque las amé,  
y desde entonces busqué  
placeres en que aturdirme!  
¡Comprendió su desvarío  
aunque tarde mi razón,  
y se trocó mi ilusión  
en desengaño y hastío!  
¡En medio de tanto ceno

CAR.

la encontré á usted de repente  
y fué víctima inocente  
de mi torpe desenfreno!  
¡Mi falta no ocultaré;  
sólo quiero atenuarla,  
la ví á usted, y al encontrarla  
como á todas la juzgué!  
¡En aquel tenaz delirio  
reflexionar no podía;  
en mi corazón sentía  
un afán que era un martirio!  
¡Y al contemplar su hermosura  
cegó un vértigo mi pecho!...  
¡Lo que empezó por despecho  
acabó luego en locura!

ENR. ¡Oh!

CAR. ¡Si corrí al precipicio,  
—y aun confesarlo me pesa—  
no tuve la culpa!

ENR. ¡Esa  
es la lógica del vicio!

CAR. ¡Del delirio en el exceso  
nada pensé, nada ví!

ENR. Bien, bien; no he venido aquí  
á que tratemos de eso;  
distinto mi objeto fué.

CAR. Usted pretende de mí  
que evite ese duelo.

ENR. Sí.

CAR. Cuanto esté en mi mano haré.

ENR. Gracias; siendo de este modo,  
marchar puedo descansada.

CAR. Mi palabra está empeñada.

Sufrir la prometo todo  
cuanto posible me sea.

ENR. Gracias... y adiós.

CAR. Si no quiere  
que sepan esto y prefiere  
que al irse nadie la vea,  
esa puerta que está ahí  
da al jardín.

(Señalando una puerta interior á la izquierda.)

ENR. Saldré por ella:

adiós...

- CAR. Señora. . (Es tan bella  
como su hija.)
- ENR. (Dirigiéndose á la puerta.) (¡Ay de mí!)
- CAR. (¡Siento verla padecer.)
- CRIADO (Desde la puerta del foro )  
Don Ramón de Salazar.  
(Enriqueta se vuelve hacia Carlos sin separarse de la  
puerta, al oír el nombre de Ramón.)
- CAR. ¡Tranquila puede marchar;  
sé lo que me toca hacer!  
(Vase Enriqueta por la izquierda.)

#### ESCENA IV

CARLOS, el CRIADO, después RAMÓN

- CAR. Que pase ese caballero. (Vase el criado.)  
Reprimirse es conveniente;  
le prometí ser prudente,  
y cumplir mi oferta quiero.  
Mas si él altivo me incita  
yo le sabré contener.
- RAM. (Entra por el foro.)  
Después del lance de ayer  
no extrañarás mi visita.
- CAR. ¿Yo? No tal, de ningún modo.
- RAM. Bien hiciste en presumir  
que te vendría á pedir  
una explicación de todo.  
Cuanto ayer tu voz me dijo,  
que ahora me expliques espero.
- CAR. ¿A eso vienes?
- RAM. ¡Eso quiero;  
y si no basta lo exijo!
- CAR. Haces mal en exigir.  
Bastante te dije ayer:  
ni más debes tú saber,  
ni más te debo decir.
- RAM. ¡Carlos! Esa explicación. (Reprimiéndose.)
- CAR. A tu afán no me acomodo.
- RAM. ¡Cuéntamelo todo, todo!
- CAR. ¡Yo te lo mando! (Con imperio.)  
¡Ramón! (Dominándose.)

RAM. ¡No!... ¡Si al cabo lo dirás  
aunque decirlo te aflija!

CAR. ¿Dónde tienes á tu hija?

CAR. ¡Eso... nunca lo sabrás!

¡Nunca!

RAM. Si lo has de decir  
aun de tu afán á despecho.

CAR. ¿Decirlo?... ¿Con qué derecho  
me lo vienes á exigir?

¿En algo yo te he faltado?

¿Por qué, pues, eso te inquieta?

¿Al casarte, de Enriqueta  
no sabías el pasado?

RAM. ¡Mas tú la engañaste!

CAR. ¡Yo!

RAM. Sí; con torpe proceder  
la hiciste luego creer  
que aquella niña murió.

CAR. ¡Bien; no hablemos de ello más!

RAM. ¡Eso tu razón deseal

¡Es preciso que ella sea  
tu tormento! Yo quizás

exigirte no podré  
cumplida satisfacción...

mas puedo tu infame acción  
castigar y así lo haré.

(Con sentida expresión)

¡Mi existencia... venturosa  
hace poco transcurría

y alegre y feliz vivía

con mi amor junto á mi esposa!

¡Tú de mi hogar has turbado  
la dulce felicidad!

¡Tú manchaste sin piedad  
de Enriqueta el nombre honrado,

y yo el resultado toco

de tu conducta rastrera!

¡De un hombre dichoso que era  
no soy más que un pobre loco!

(Con creciente exaltación)

¡Y un loco en nada repara,  
no piensa en su mal, lo siente,

y al que le hiere inclemente  
graba la infamia en su cara!

- CAR. ¡Mucho con mi calma cuentas!  
(Refrenando su ira.)
- RAM. ¡Ver á tu hija necesito;  
ella sabrá tu delito!
- CAR. ¡Mira lo que hacer intentas!
- RAM. ¡Sin tregua la buscaré  
y la he de hallar! ¿Por qué no?
- CAR. ¡Jamás mientras viva yo!
- RAM. ¿Jamás?... Yo la encontraré.
- CAR. ¡Ramón!... ¡Mira mi prudencia!
- RAM. ¡Todo tu hija lo sabrá!
- CAR. ¡No es posible!
- RAM. ¡Ella será  
el grito de tu conciencia!  
¡Tu maldad la haré saber,  
la contaré lo que has hecho,  
la diré que en ese pecho  
no puede el amor caber!  
¡Que tu conducta es infame!  
¡que nada tu vida altera!  
¡que no mereces siquiera  
el que ella «padre» te llame!  
¡Y rotos tan dulces lazos  
te matará su desvío!  
¡Verás el mundo vacío!  
¡Te faltarán sus abrazos!  
Nada tu amor calmará  
de tus faltas el tributo;  
ella, de tu crimen fruto,  
tu crimen maldecirá.  
¡Y amargando tu existencia,  
como perenne tormento,  
tu eterno remordimiento  
será el juez de tu conciencia!  
¡Ya verás cómo eso vence  
tu altivez y tu energía  
cuando al cabo llegue el día  
en que de tí se avergüence!
- CAR. ¡Oh... Ramón! (Refrenándose con vivo dolor.)
- RAM. ¡Lástima abrigo  
de tí... cuando en ello pienso!  
¡Tu crimen ha sido inmenso,  
mayor será tu castigo!
- CAR. ¡Calla!



- RAM. ¡Y odiado serás  
por ella!
- CAR. ¿Yo por mi hija? (Con horror.)
- RAM. Aunque tu pecho lo exija.
- CAR. ¡Oh! ¡basta!  
(Dando suelta á su dolor comprimido.)  
¡basta! ¡no más!
- ¿Imagina tu ilusión  
que has de lograr tu deseo?...  
¡Si cuando lo pienso creo  
que me falta la razón!  
(Reconcentrando su pensamiento.)  
¡No encontrar su amor profundo  
al calor de sus abrazos!  
¡ver rotos aquellos lazos,  
únicos que amo en el mundo!  
¿Pudiera yo resignarme  
á sufrir ese desvío?...  
¡Su amor!... ¡el tesoro mío!...  
¿intentas arrebatarme?  
¡El sólo mi dicha labra  
y tú quitármelo esperas!..  
(Con delirio.)  
¡Ay de tí si te atrevieras  
á decirle una palabra!
- RAM. ¿Lo dudas?
- CAR. ¡Lo dudo, sí!  
Basta ya... me has insultado  
y he sufrido resignado  
esos ultrajes aquí.  
En silencio los he oído  
de mi rencor á despecho,  
aunque no tienes derecho  
para mostrarte ofendido,  
mas por eso... en tu querella...  
cumplir tu oferta no esperes.  
¡Maldíceme á mí si quieres!  
¡pero, ay, si buscas á ella!
- RAM. Sí: tan sólo de ese modo  
encuentro satisfacción...
- CAR. Repara...
- RAM. Sin dilación  
la buscaré... y todo, todo  
la diré sin vacilar.

CAR. ¡No pienses hallarla!  
RAM. Sí,  
¿no he de pensarlo? ¡Ay de tí  
como la llegue á encontrar!  
(Vase por el foro.)

## ESCENA V

CARLOS, después ALFREDO

CAR. ¡Esa amenaza, no hay dudal...  
¡El ya tiene algún indicio  
del paradero de mi hija  
cuando así asegura!... ¡Un sitio  
seguro yo buscaré  
donde ocultarla!  
(Al dirigirse hacia el foro le detiene. Alfredo, que sale  
por la segunda puerta de la derecha.)

ALF. ¡Oye, chico!  
CAR. ¡Déjame: no puedo ahora  
perder el tiempo!

ALF. Es presiso  
que me escuches.

CAR. (Con impaciencia.) Pues dí pronto,  
vamos, habla.

ALF. Es muy sencillo.  
¡La carta que me escribiste  
hizo un efecto magnífico!  
¿Y qué?

CAR. ¿Qué? Que tengo ahí  
ALF. á esa joven.

CAR. ¡La has traído  
á mi casa!

ALF. Me dió pena  
llevarla á que un basilisco  
tenga por tía.

CAR. ¿Qué has hecho?  
¡No... no quiero compromisos!

ALF. ¡Hombre, llevar una niña  
de tan bellos atractivos  
con una... mujer así!  
La verdad, no me he atrevido.

CAR. ¿Y dónde está?  
ALF. Allí. Verás.  
(Señalando al gabinete de la derecha.)  
Por la puerta del pasillo  
que conduce á la escalera  
á ese cuarto la he traído.  
CAR. ¡No! pues llévatela al punto.  
ALF. ¡Mira que es un compromiso  
para mí! ¿dónde la llevo?  
Saldremos de aquí á las cinco,  
te lo prometo. ¡Ya ves  
que esa tía!...  
CAR. No transijo.  
Yo no puedo detenerme;  
un asunto importantísimo  
me reclama. Cuando vuelva  
que no esté ya en este sitio.  
(Vase por el foro.)

## ESCENA VI

ALFREDO

¡No... pues yo no me la llevo!  
¡La tía es un cocodrilo!  
¡qué!... si no es mujer siquiera.  
¡Eh! ¡nada! aquí la he traído  
(Con resolución.)  
y aquí se queda hasta tanto  
que llegue el momento crítico  
de salir el tren. Ahora  
voy á arreglar lo preciso  
para el viaje. En dos saltos  
voy y vengo; andemos listos.  
¡Emilia!... (Llamándola desde la puerta.)  
EMILIA (Dentro.) Voy.  
ALF. ¡Es divina!  
¿Cómo saldré de este lío?

ESCENA VII

ALFREDO y EMILIA

- EMILIA           ¿Me llamabas? (Desde la puerta.)  
ALF.                           ¡Ven aquí!  
                  ¡que estés junto á mí deseo!  
EMILIA           ¡Gracias á Dios que te veo!  
                  Me has tenido sola ahí  
                  un siglo.  
ALF.                           (Cuando la escucho  
                  siento portarme tan mal.)  
EMILIA           ¿Qué tienes? (Notando que está pensativo.)  
ALF.                           Nada. (Disimulando.)  
EMILIA                           Sí tal.  
ALF.                           ¿Yo?... ¡no!  
EMILIA                           Dí: ¿me quieres mucho?  
                  (Con cariñosa inocencia.)  
ALF.                           ¿No he de quererte, alma mía?  
                  Es mi pasión tan sincera  
                  que aunque amarte más quisiera  
                  amarte más no podría.  
EMILIA           ¿De veras, Alfredo?  
ALF.                           ¡Enojos  
                  me da tu pregunta loca!  
                  ¿No te lo dijo mi boca?  
                  ¿No lo leiste en mis ojos?  
                  ¡De tí la dicha recibo!  
EMILIA           ¡Así te amo yo también!  
ALF.                           ¡Tu eres mi gloria y mi bien!  
                  ¡Por tí solamente vivo!  
                  ¡Que tus miradas hermosas  
                  vida me dan con su encanto!  
EMILIA           ¡Ay... sigue! ¡Me gusta tanto  
                  que me digas esas cosas!  
ALF.                           ¡Niña mía!  
EMILIA                           ¡Siempre así  
                  quiero que tu voz me llame!  
ALF.                           (Nada .. que soy un infame  
                  cuando la engaño.)  
EMILIA                           ¡Por tí  
                  nunca calmadas se ven  
                  mis penas! ¡Cuánto he llorado!  
                  ¡Tiemblo si estás á mi lado  
                  y si te marchas también!

Y aunque amarte sin cesar  
me causa tanta agonía,  
te quiero más cada día  
sin poderlo remediar.

ALF. Yo pago tanta pasión.

EMILIA ¡Dé tí mi ventura espero!

ALF. (¡Pero hombre... ¡y es que la quiero  
con todo mi corazón!)

EMILIA ¿Qué piensas?

ALF. ¡Nada! (Preocupado.)

EMILIA ¡Creía!...

¡Mira, hemos hecho muy mal  
en escaparnos!

ALF. ¡No tal.

EMILIA ¡Cuando lo sepa mi tía!

ALF. ¡Bah!... Conque espérame aquí.

EMILIA (Con temor deteniéndole.)

¿Qué .. te marchas?

ALF. Sí. (¡Otro lío!)

Voy á avisar á mi tío  
para que venga.

EMILIA (Con alegría.) ¡Ay... sí, sí!

Todo se lo explicarás.

ALF. (Y lo dice con un mimo...)

EMILIA ¿Tú sabes que eres mi primo?

ALF. ¿Tu primo? ¡Cá... mucho más!

EMILIA ¿De veras? (Con seguridad.)

ALF. ¿Yo primo tuyo?

EMILIA ¡Así la carta lo explica!

ALF. (¿De qué sacará esta chica  
que yo soy pariente suyo?)

¡Conque adiós!

EMILIA Pero si es  
que también decirte quiero...

ALF. ¡Ahora no!

EMILIA Pero...

ALF. Prefiero  
que me lo digas después.

EMILIA ¡Es que si yo decidida  
he accedido á tus extremos,  
es porque...

ALF. ¡Bien, ya hablaremos!

EMILIA ¡Pero oye!...

ALF. Vuelvo en seguida.

(Vase por el foro.)

## ESCENA VIII

EMILIA, después ENRIQUETA por la izquierda

EMILIA ¡Escucha... se va! ¡No hay duda,  
dar no he debido este paso!  
¿Pero á qué temer? ¿Acaso  
esta carta no me escuda?  
(Sacándola del bolsillo.)  
¿Quién había de decir  
que Alfredo era primo mío?  
¡Justo... mi padre es su tío!  
¡Cómo no me quiso oír!  
¡Pero me alegro, mejor!  
¡Me callaré, no me pesa!  
¡Así luego su sorpresa  
al verle será mayor!  
¡No conocer á mi tía  
ni á mi primo! Ya se ve ..  
¡Siempre encerrada! ¡No sé  
por qué esta tenáz porfía  
de mi padre!... ¡Y yo, está claro!  
le hablaba con tanto mimo...  
por eso, porque es mi primo,  
y entre primos... no es tan raro  
quererse bien. ¡Fuera miedo!  
(Animándose.)  
Aquí mi padre vendrá  
y todo se aclarará.

«Querido sobrino Alfredo...»

(Leyendo la carta. Sigue leyendo junto al velador de la derecha. Enriqueta aparece en la izquierda sin ver á Emilia hasta que lo marca el diálogo.)

ENR.

(Saliendo.) ¡No hay nadie! ¡Silencio al fin!  
Escuchar no logré nada.  
¿Me habrán visto? Hallé cerrada  
la salida del jardín  
y he tenido que volver.  
¡En tí tan sólo confío!  
¿Qué habrá pasado, Dios mío?  
¡Eh! ¿Qué veo? ¡Una mujer!

EMILIA ¡Dale! Pues no tengo miedo.  
(Sin ver á Enriqueta.)  
¿Esta carta no me anima?  
ENR. (¡Qué dice!)  
EMILIA ¿No soy su prima?  
¿Quién? ¡Ah!  
(Volviéndose y viendo á Enriqueta.)  
(La tía de Alfredo.)  
ENR. (¡Pobre niña!)  
EMILIA (Yo creí  
que al verme me abrazaría.  
¡Ay, qué sería que es tu tía,  
apenas se fija en mí!)  
Señora...  
ENR. (¡Turbada está!)  
EMILIA Aquí estoy por él... y yo...  
¿Acaso no le contó? (Con aturdimiento.)  
ENR. ¿Quién?  
EMILIA ¡Él!  
ENR. ¡Él!  
EMILIA (¡Si no sabrá!)  
ENR. (¡Otra víctima inmolada!  
¡Niña infeliz! ¿Por qué escrito  
no está en la cara el delito?)  
EMILIA ¿Cómo? ¿No está usted enterada? (Con rubor.)  
ENR. ¿Yo? (Con extrañeza.)  
EMILIA ¡Si tal!  
ENR. ¡No sé de qué!  
EMILIA ¡Si él me lo ha jurado así!  
ENR. ¿Por quién ha venido aquí?  
EMILIA ¡Por él!... ¿No lo sabe usted?  
¡Dice que él ciego me adora!  
ENR. ¡Oh! (Con lástima.)  
EMILIA ¿Qué?  
ENR. Nada. (No debía  
dudar.) Siga usted, hija mía.  
EMILIA ¡Si estoy temblando, señora!  
ENR. Confíe en mí.  
(Atrayéndola con cariñosa compasión.)  
EMILIA Amarme jura;  
casarse conmigo intenta  
porque mi amor, según cuenta,  
labra toda su ventura.  
Pidió á mi tía mi mano

que sin piedad le negó,  
ella nada me contó  
de este asunto, pero en vano,  
por él lo supe.

ENR. Adelante.

Prosiga usted.

EMILIA Pues en vista  
de que en aquella entrevista  
salir no pudo triunfante,  
me dijo que si quería  
con él mi suerte enlazar,  
él me podía llevar  
á la casa de su tía,  
en donde á tanta amargura  
fin lográsemos poner.

ENR. (¡Oh! qué infamia iban á hacer  
con esta pobre criatura!)  
¡Todo lo comprendo ahora,  
desgraciada!

EMILIA (¿Qué le ha dado?)

ENR. Pero usted ¿no vive al lado  
de alguien?

EMILIA ¿Quién yo? ¡Sí señora,  
con mi tía! pero yo...  
temí...

ENR. ¿No tiene usted madre?

EMILIA No tal, sólo tengo padre.  
¡mi pobre madre murió!  
¡yo nunca la conocí! (Con sentimiento.)  
¡Oh! ¡cuánto la hubiera amado!  
(Emilia enjuga una lágrima.)

ENR. ¡Si ella viviese á su lado  
no estaría usted aquí!  
¿Más su padre?...

EMILIA Como está  
siempre con tanto negocio,  
cuando tiene un rato de ocio  
solamente á verme va.  
¡Y es natural... está ahora  
el pobre tan ocupado!

ENR. ¿Cómo? ¿no vive á su lado?

EMILIA ¿A mi lado? no señora.  
Y si al empeño accedí  
de él, ha sido porque yo...



ENR. Usted, niña, no debió irse con un hombre así. Y aunque hoy á su afán no cuadre usted debe arrepentida exigirle que en seguida la lleve á usted con su padre.

EMILIA ¡Es verdad! Ahora me aflijo, y que hice muy mal sospecho: mas mire usted, si lo he hecho fué porque él mismo me dijo que nuestro amor protegía su tío.

ENR. ¿Y usted creyó...

EMILIA Una carta me enseñó que de él recibido había y en la que de eso le hablaba. Yo la letra conocí, y que era mi padre vi quien eso le aconsejaba.

ENR. ¡Su padre de usted! (Con extrañeza.)

EMILIA De él era la carta que me enseñó...

ENR. (¡Oh! ¡qué infamia!)

EMILIA Entonces yo, ¿qué quería usted que hiciera? ¡Me vine con él!

ENR. (¡Dios mío!)

EMILIA Mi padre así lo decía, sólo que yo no sabía que era mi padre su tío.

ENR. (¡Infeliz!... ¡que inicua red!)

EMILIA Ya ve usted que de ese modo...

ENR. Sí, ya sé... pero ante todo, ¿quién es su padre de usted?

EMILIA ¿Mi padre?... ¡Ah! vea usted aquí su retrato.

(Se quita del pecho un alfiler-medallón con el retrato de Carlos. Le abre y se lo presenta á Enriqueta, que al verle comprime un grito desgarrador.)

ENR. ¿Qué! (¡Dios mío!!)

EMILIA ¡Es él... ¡sí!

(Emilia sin soltar el medallón se fija con alegría en el retrato que, con filial cariño, besa repetidas veces, dejando así más libre la acción de Enriqueta para ex-

presar la lucha de sentimientos, sin que Emilia se aperciba de la situación en que se halla,)

ENR. (¿No es desvarío!)

¿Ese retrato?...

EMILIA ¡Sí, sí!

Es mi padre.

ENR. (¡¡El!!)

EMILIA ¡Sí, lo es!

ENR. (¡¡Mi hija! ¡Ay!) (Vacilando.)

EMILIA Verle me recrea,

(Acercándose rápidamente á sostener á Enriqueta)

¡Ah!... ¿qué es eso?

ENR. (Abrazándola.) (¡Ay!... ¡que lo sea aunque yo muera después!)

Pero ¿quién le trajo aquí?...

EMILIA Alfredo.

ENR. ¿Alfredo?

EMILIA Sí tal.

ENR. (¡Que trama tan infernal!)

(¡Me vuelvo loca!... ¡Ay de mí!)

EMILIA ¿Conque ya recuerda usted?...

ENR. Sí, (¡Con mil ideas luchó!)

EMILIA ¡Yo la querré mucho!

ENR. (Con alegría.) ¿Mucho?

¡Sí, hija mía! ¡mucho!

(Esforzándose por sostenerse.)

EMILIA ¡Qué?...

¿se siente usted mal?

ENR. ¡Yo, no!...

(¡Y él romper quiso estos lazos! ..)

¡No te apartes de mis brazos!

¡Ven: si tu madre murió sus veces contigo haré!

¡Tú eres buena y eres bella!

¡yo te cuidaré como ella y como ella te querré!

EMILIA ¡Señora! (Conmovida.)

ENR. ¿Qué tienes, dí?

¡habla! (¡y calla tú, alma mía!)

EMILIA ¡Nada, que me da alegría (Sollozando.) de que usted me quiera así!

¡Siempre tan sola he vivido!...

ENR. ¡En mí una madre tendrás!

EMILIA ¡Oh!... ¡Gracias, gracias!... ¡Jamás

á la mía he conocido!  
¡Con amantes embelesos  
nunca á mi lado la ví,  
ni en sus brazos me adormí  
arrullada por sus besos!  
¡Ay!... ¡sin su sombra querida  
sola... tan sola me veo  
que á veces, señora, creo  
que hasta me falta la vida!  
¡Ella jamás los enojos  
de mi pecho disipó...  
ella jamás enjugó  
las lágrimas de mis ojos!  
Siempre sin ella he vivido  
en un martirio sin calma.  
¡Pobre madre de mi alma!...  
¡Cuánto la hubiera querido!  
¡Dios te bendiga, mi bien!  
¡con cuánto placer te escuche!  
¡Pero yo te querré mucho!...  
y tú... ¿me querrás también?  
Tu dicha será la mía,  
desecha pues el quebranto.  
¡Nada temas, este llanto  
es un llanto de alegría!  
¡Déjalo libre correr  
que á mis mejillas no quema!  
¡Es cada gota un poema  
de ternura y de placer!  
¡El me devuelve la calma!  
¡qué dichosa me está haciendo!  
¡Ay, van sus gotas cayendo  
como un rocío en mi alma!  
Que me hacen sufrir no creas,  
me están prestando consuelo...  
¡Santo rocío del cielo,  
bendito... bendito seas!  
¡Qué buena es usted!

EMILIA  
ENR.

¡Oh!... ¡ven,  
ven otra vez á mis brazos!  
¿Quién de estos amantes lazos  
podrá separarte?... ¿quién?...  
Yo calmaré tus enojos...  
con tus dichas gozaré!...

si lloras, enjugaré  
las lágrimas de tus ojos...  
No habrá pesar que taladre  
nuestros dulces embelesos...  
¡yo te daré aquellos besos  
que nunca te dió tu madre!  
EMILIA ¿Llora usted?... ¿Y yo he causado  
ese llanto?...

ENR. ¡Tú... mi bien!  
EMILIA ¡Al verla lloro también!  
CAR. (Dentro.)  
Basta, ya estoy enterado.  
ENR. (¡El es!)  
EMILIA ¿Quién es?  
ENR. Nadie: vete...  
¡ocúltate!... ¡ya saldrás!...  
EMILIA Pero...  
ENR. ¡Un momento no más!  
¡Entra en ese gabinete!  
(Emilia, impulsada por Enriqueta, entra por la segunda  
puerta de la derecha. Enriqueta cierra las puertas y  
corre las cortinas, entre las que queda inmóvil sin ser  
vista por Carlos, hasta que lo marea el diálogo. Carlos  
entra sumamente agitado por la puerta del foro.)

## ESCENA IX

ENRIQUETA, CARLOS

CAR. (Entrando.)  
¡Horrible y funesto día!  
¡No estaba en su casa... no;  
Ramón sin duda la halló!  
¡Usted aquí todavía!...  
(Viendo á Enriqueta.)  
ENR. ¡Aquí me debo encontrar!  
(Sin separarse mucho de la puerta.)  
CAR. ¿Qué otra desdicha me pasa?  
ENR. ¡Mi hija se encuentra en su casa,  
y en su casa debo estar!  
CAR. ¿Mi hija!... ¡Qué!.. ¿Sabe usted?  
ENR. ¡Sí!  
¡Alfredo la trajo!

- CAR. (Alterado al comprenderlo todo.)  
¡¡Qué!!  
¡Ella... y yo le aconsejé!..  
¡Oh! (Quiriendo entrar á verla.)
- ENR. ¡No se pasa de aquí!
- CAR. ¡Soy su padre!
- ENR. ¡Aunque lo exija,  
mi mente en su afán no ceja!  
¡No es padre quien aconseja  
la seducción de su hija!
- CAR. ¡Oh, yo mi crimen maldigo!  
mas... ¡si creerlo no puedo!
- ENR. ¡Aquella carta de Alfredo!...
- CAR. ¡Gran Dios!... ¡Qué horrible castigo!  
¿Y yo pude aconsejar!...
- ENR. ¡Usted tan solo!
- CAR. ¡Qué horror!
- ENR. ¡Y es su padre!...
- CAR. ¡Oh!... ¡por favor!...  
¡No me acabe de matar!  
¡Me vuelvo loco!... ¡Deliro!  
(Con delirante expresión.)  
¡Dios... sé conmigo clemente!  
¡Sombras encuentra mi mente  
por donde quiera que miro!  
¿Es ilusión del deseo?  
¿Qué otra cosa puede ser?  
¡Si no lo quiero creer!  
¡Si lo miro y no lo creo!  
¡No... no es posible! ¡jamás  
tanta desdicha fué cierta!  
¡Despierta, razón, despierta  
y no me atormentes más!
- ENR. ¡Tarde su perdón implora!
- CAR. ¡Mi mente está en ella fija!  
¡Oh, yo quiero ver á mi hija!  
¡Jamás la ha de ver!
- ENR. ¡Señora!...
- CAR. ¡No aumente usted mi aflicción!  
Usted que quiso perderla...  
¡Gran Dios!
- ENR. ¡No es digno de verla!
- RAM. (Apareciendo en la puerta del foro.)  
¡Enriqueta aquí!
- ENR. (Viéndole.) ¡Ramón!

ESCENA X

DICHOS, RAMÓN

- RAM. ¡Oh!... ¿á qué has venido?... ¡díl  
ENR. Por tu vida, que es mi vida,  
¡y por la honra querida  
de mi hija... que está aquí!
- RAM. ¿Tú sabes?...  
ENR. Sí: mi deber  
esto me aconseja.
- RAM. ¡Calla!  
¿En dónde esa niña se halla? (A Carlos.)  
CAR. ¿Qué es lo que intentas hacer?  
RAM. Cumplirte lo que ofrecí,  
referirla todo... ¡todo!  
ENR. ¡No, Ramón!  
CAR. ¡De ningún modo!  
ENR. (¡Yo lo impediré!)  
(Vase por la puerta de la derecha.)  
CAR. (Colocándose delante de la puerta, para impedir la entrada á Ramón.)  
¡Ay de tí  
si tus labios ni una queja  
le dicen en contra mía!  
RAM. ¡Contra tanta villanía  
nadie el silencio aconseja!  
ENR. ¡No está en esta habitación!  
(Saliendo azorada del gabinete.)  
CAR. (Entra en el gabinete.)  
¡Cómo!  
ENR. ¡Fué vano mi intento!  
CAR. ¡No está! ¡Oh; qué pensamiento  
desgarra mi corazón!  
(Toca el timbre.)  
¡El infierno contra mí  
se vuelve!
- ENR. ¡Virgen bendita!  
(Aparece el Criado en la puerta del foro.)  
CAR. (Al Criado.)  
Responde... ¿Una señorita  
que estaba hace poco aquí?

¿La has visto acaso marchar?

¿Dí?... ¡tú que estabas abajo!

Don Alfredo que la trajo...

¿Qué?...

CRIADO

CAR.

CRIADO

Se la ha vuelto á llevar.

CAR.

¡Jesús!

ENR.

¡Hija de mi vida!

RAM.

¿Que Alfredo se la ha llevado?

(Con extrañeza.)

ENR.

¡Sí! por él aconsejado.

CAR.

¡Seducida!... ¡Seducida!...

RAM.

¿Y tú, tú con torpes modos  
pudiste engañarla así?

ENR.

(Sin poderse ya sostener.)

¡Ay!

RAM.

¿Qué has hecho, infame, dí!

CAR.

¡Dejadme!... ¡dejadme todos!

¿No estais mirando mi duelo?

¿Aun bastante no he sufrido?

¡Ya sé!.. ¡ya sé que esto ha sido  
justo castigo del cielo!

¡Mas ya que á su Providencia  
castigarle así le plugo...

¡callad!... ¿á qué más verdugo  
que el que tengo en mi conciencia?

(Carlos sale precipitadamente por el foro. Enriqueta,  
dominada por el dolor, se apoya en el respaldo de una  
butaca para sostenerse. Ramón contempla abatido el  
profundo dolor de Enriqueta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO







# ACTO TERCERO

---

La misma decoración del primero.

## ESCENA PRIMERA

RAMÓN aparece pensativo sentado en una butaca cerca del velador.

PABLO sale lentamente por la puerta del foro

PAB. Señor. (Acercándose.)  
RAM. ¿Ha vuelto Francisco?

(Saliendo de su abatimiento.)

PAB. No señor, y hace ya tiempo  
que salió.

RAM. ¿Le has enterado  
bien de todo?

PAB. Sí, no temo  
que él se equivoque. Conoce  
demasiado á don Alfredo  
y tiene vista delince.

RAM. ¿Está el carruaje dispuesto?

PAB. En él marchó á la estación  
del ferrocarril, y dentro  
va María, la doncella  
de la señorita. Al tiempo  
de salir les encargué  
que bajo ningún pretexto  
dejen marchar á la niña  
si llegan á verla. Pero...  
no sé si me habré excedido

en mis órdenes.—Creyendo  
que esa joven se resista  
á ir con su tía...

RAM.

¿Qué?

PAB.

¡Temo,

señor, disgustar á usted!

RAM.

¡Acaba!

PAB.

En este supuesto  
nada más dije á María  
que la trajese aquí, y luego  
determinaría usted...

RAM.

¿Aquí? ¿á mi casa? ¿que has hecho?

PAB.

¡Señor... yo creí!...

RAM.

¡En mi casa!

PAB.

¿Dónde llevarla?

RAM.

¡Comprendo (Con inquietud.)

tu intención!—¡es natural!  
¡quieres que una vez al menos  
vea Enriqueta á su hijal...  
¡que la dé su adiós postrero...  
y que yo!... ¡me vuelvo loco  
de pensar!...

PAB.

Señor...

RAM.

¡Tu afecto

te disculpa! ¡has hecho bien!  
¿Qué importa mi sufrimiento!  
(Queda pensativo)

PAB.

¡Señor, si algún valor tiene  
la vida de un pobre viejo,  
con alegría la diera  
por evitarle un momento  
de angustia! ¡Amo con delirio  
á mi señora, y por eso  
le pago con mi cariño  
á usted ¡qué feliz la ha hecho!  
¡Feliz!...

RAM.

PAB.

¿Lo duda, señor?

RAM.

¡No, Pablo, no! cifré en ello  
toda mi ventura .. toda...  
y hoy sólo á mi lado veo  
lágrimas ¡ay!... ¡que me abrazan  
estando mis ojos secos!

PAB.

¡Vamos, señor, considere  
que así no pondrá remedio

al mal, y que solamente  
logrará que al mismo tiempo  
padezca la señorita!

Ella le ama á usted... Su anhelo  
cifra sólo en complacerle  
y evitarle sufrimientos.

RAM.

¿Y qué más puedo yo hacer  
que sufrir este tormento  
sin exhalar una queja  
que halle en sus oídos eco?  
Ella en nada me ha faltado,  
es verdad; su error funesto  
de hacerla creer vilmente  
que su hija había muerto,  
obra fué del seductor  
infame que en otros tiempos  
fué mi amigo más querido...  
mi hermano! ¡Ya ves si tengo  
motivos para sufrir!

¡Déjame, pues, sin recelo  
quejarme, que si el dolor  
no mata en ciertos momentos  
es porque el alma se queja!  
¡Ay del que llora en silencio!

PAB.

Mi amor á la señorita  
disculpa mi atrevimiento.

RAM.

¿Y acaso yo no la adoro?  
¿puede haber amor más tierno  
ni más constante que el mío?  
¡Ay, Pablo! ¡pues si por eso  
es por lo que sufro tanto!  
¡Si ese es mi mayor tormento!  
¡Verla sufrir y no hallar  
para sus males remedio!  
¡No es mi dolor el que más  
me aflige en estos momentos;  
es que ella sufre, y que á mí  
me mata verla sufriendo!

PAB.

¡No perdamos la esperanza!  
¡Siempre al mal sigue el remedio,  
y quién sabe!...

RAM.

¡No, imposible!

(Mirando al gabinete de la izquierda )

¡Ella se acerca! No quiero

que mi presencia despierte  
en ella más sufrimientos.

(Se dirige á la puerta derecha )

PAB.

¡Señor!

RAM.

¡Déjame estar solo! (vase.)

PAB.

¡Para esto he llegado á viejo!

## ESCENA II

PABLO, ENRIQUETA, que sale por la izquierda en completo estado  
de abatimiento

ENR.

¡Pablo!

PAB.

¡Valor, señorita!

ENR.

¡Le tengo, Pablo, le tengo!  
¡la impaciencia me da fuerzas  
para todo! Dime, ¿fueron  
á la estación?

PAB.

El señor  
encargó que con gran celo  
á la niña se buscara,  
y yo he mandado al momento  
á Francisco, acompañando  
á María, con objeto  
de que á todo trance impidan  
que se marchen.

ENR.

¿Y no ha vuelto?

PAB.

¡Aun no!

ENR.

¡Dios mío, no hay duda,  
no los han hallado! ¡el cielo  
quiere apurar mis desdichas!

PAB.

Vamos, más calma; por eso  
no pierda usted la esperanza...

ENR.

¿No? ¡Si me lo está diciendo  
á gritos el corazón!  
¡Pobre hija mía!

PABLO

Yo creo  
que los hallarán.

ENR.

No, Pablo,  
mi mal no tiene remedio.  
¡Soy muy desgraciada!

PABLO

Vamos,  
señorita, ¿por qué esos

pronósticos? calme usted su agitación, que aunque viejo y sin servir para nada, al verla, como la veo llorar, también á mis ojos acudir lágrimas siento.

ENR. ¡Gracias, Pablo! Tu cariño á mi mal presta consuelo. ¡Si vieras cuánto he sufrido á solas en mi aposento desde esta tarde evocando mis ya pasados recuerdos, y llorando mi amargura y mi dolor en silencio! ¡Encontrar á la hija mía y encontrarla en el momento en que engañada, perdida tal vez ya!.. ¡ay!

PABLO ¡No pensemos en eso!

ENR. ¡No he de pensar, si ese sólo pensamiento es quien hoy vida me da, si es vida vivir muriendo!

PABLO Pronto esa niña á sus brazos vendrá, y en dulce consuelo trocará con sus caricias este dolor tan intenso.

ENR. No, Pablo; aun así me esperan también terribles tormentos. ¡No la podré llamar hija! ¡Veré que la arrancan luego para siempre de mis brazos! ¡Ella ignorará el secreto de que soy su madre... y yo siempre llorando en silencio, consumiré hasta mis lágrimas, y cuando mis ojos secos estén ya, sucumbiré de mis males bajo el peso! ¡Valor, señorita!

PABLO

ENR. ¡Ay, Pablo!

(Suena dentro una campanilla.)

PABLO ¡Han llamado!

ENR. ¿Serán ellos?  
PABLO Voy á ver.  
ENR. ¡Sí, Pablo, sí,  
vé pronto!  
PABLO Voy al momento.  
(Vase por el foro.)

### ESCENA III

ENRIQUETA, luego RAMÓN por la derecha, después PABLO y EMILIA por el foro

ENR. ¡No serán!... ¡no han acabado todavía mis desgracias!  
EMILIA (Dentro.) Bien, señora.  
ENR. (Comprimiendo un grito de alegría.)  
¡Es ella! ¡Gracias, Dios piadoso! ¡Se ha salvado!  
(Al dirigirse hacia el foro, se detiene contrariada en su vivo deseo de salir al encuentro de su hija, al ver á Ramón, que habrá salido momentos antes por la puerta de la derecha.)  
(¡Ah!... ¡Ramón!)  
RAM. ¿Qué tienes?  
ENR. Nada...  
RAM. ¡Estás azorada... inquieta!  
ENR. No.  
PABLO (Entrando precipitadamente por el foro.)  
Señorita Enriqueta...  
¡Ah!... ¡Don Ramón!  
(Deteniéndose al ver á don Ramón.)  
(¡Desgraciada!)  
RAM. (Que aun estará cerca de la puerta derecha contemplando á Enriqueta.)  
EMILIA (Aparece en el foro.)  
¿Por aquí?  
ENR. (¡Dios mío!)  
EMILIA (Desde la puerta,) ¡Ah! ¡Sí:  
allí la veo! ¡Señora!  
(Dirigiéndose a Enriqueta.)  
RAM. (¡Su hija aquí!)  
EMILIA (¿Cómo es que ahora ya no me abraza?)

(Con extrañeza y sentimiento se detiene al notar la aparente y forzada indiferencia de Enriqueta, que sostiene con heroica resistencia la lucha de encontrados sentimientos que despiertan en su alma la presencia de Emilia y Ramón.)

ENR.

(¡Ay de mí!

¡Si ella comprender pudiera!...)

RAM.

(¡Por mí á sufrir se resigna!)

(Contemplando el abatimiento de Enriqueta.)

EMILIA

(Con cariñoso sentimiento.)

Comprendo que no soy digna  
ni de un abrazo siquiera,  
más ya sabe usted que yo,  
cuando con Alfredo fui  
á la casa en que á usted ví,  
fué porque así lo mandó  
mi padre...

ENR.

(Reprimiéndose,) (¡Ay!)

EMILIA

¡Con su permiso

fué; sí señora!

ENR.

(Disimulando.) Ya sé...

RAM.

(¡Pobre niña!)

(Ramón, que habrá permanecido hasta ahora en tercer término, adelanta un poco hacia un lado de la escena. Enriqueta permanece en el lado opuesto. Emilia en el centro. Pablo se retira lentamente por el foro.)

EMILIA

Luego, usted

me dijo que era preciso  
que á Alfredo le suplicara,  
aunque así no lo quisiera,  
que al momento que le viera  
con mi padre me llevara.  
Se lo supliqué; y en cuanto  
lo oyó, dijo que vivía  
en una quinta que había  
fuera de Madrid, por tanto  
el viaje había que hacer  
en ferrocarril; llegamos  
á la estación, y encontramos  
á un hombre y á una mujer;  
que al momento que nos vieron  
yo no sé con qué intención,  
después que una gran cuestión  
con Alfredo sostuvieron,

- en un coche me han traído  
hasta aquí. ¿Hice mal, señora?
- ENR. No. (¡Pobre hija mía!) (Breve pausa.)  
EMILIA (Con turbación.) Ahora...  
lo que siento es... que he venido  
en mala ocasión.
- ENR. ¿Por qué?  
EMILIA ¡Estaría usted ocupada  
quizá!
- ENR. ¿Yo?... ¡no tal!... en nada.  
EMILIA ¡Como estaba cuando entré  
este caballero aquí,  
al lado suyo!...
- ENR. Es mi esposo.  
EMILIA ¡Este señor! — ¡Qué dichoso  
será usted!... ¿No es cierto?  
(Volviéndose y acercándose cariñosamente á Ramón  
con inocente alegría.)
- RAM. (Sin ironía, pero con sentimiento.) Sí,  
muy dichoso.
- ENR. (¡Qué agonía!)  
EMILIA (Volviéndose á Enriqueta.)  
Junto á usted... ¿quién no lo fuera?  
si yo á su lado viviera  
también dichosa sería.
- ENR. (¡Oh!...)  
EMILIA ¡Desde el primer momento  
en que esta tarde la ví,  
no sé qué pasa por mí!  
un afán extraño siento  
cuyos motivos ignoro,  
y en mi loco desvarío,  
á veces, con pena, río,  
y á veces, alegre, lloro.  
¡Yo no sé si esto es quebranto  
ó es de mi placer divisa!  
si es placer, ¿por qué mi risa  
se convierte luego en llanto?
- RAM. (¡Ah!)
- ENR. (¡No puedo más!)  
EMILIA ¡Sentí  
por usted tal simpatía!  
¿Lo duda usted?
- ENR. (Dominando su dolor.) No... hija mía.



EMILIA ¡Llámeme usted siempre así!  
RAM. (¡Oh!)  
EMILIA ¡Nunca así me llamó  
mi madre... que ya no existe!  
ENR. (¡No hay más penas!)  
EMILIA ¡Es tan triste  
vivir como vivo yo!  
en mi desdicha pensando  
mis lágrimas con enojos  
van al brotar de mis ojos  
á mis mejillas quemando.  
Mi dolor á derramarlas  
con honda inquietud me obliga,  
y no hay una mano amiga  
que se afane por sacarlas.  
¡De mi suerte los agravios  
á que suspire me impelen,  
y no hay labios que consuelen  
los suspiros de mis labios!  
¡La soledad me da horror,  
hablar con alguien ansío,  
y no hay nadie al lado mío  
que sufra con mi dolor!  
¡Por esa razón sin calma  
paso la vida llorando,  
y siempre... siempre pensando  
en mi madre de mi alma;  
y aumentando mi querella  
es tanta mi insensatez,  
que si duermo alguna vez  
es porque sueño con ella!  
ENR. (¡Qué martirio!)  
EMILIA Yo no ví  
jamás á la madre mía,  
mas, de seguro, sería  
buena como usted. ¡Oh, sí!  
me lo dice el corazón  
y en la vida me ha engañado!  
¡Si ella viviese á mi lado!...  
ENR. ¡Ay!  
(Sin fuerzas ya para dominar su situación.)  
RAM. ¡Enriqueta!  
(Viéndola desfallecida y acercándose.)  
ENR. ¡Ramón!

- (Con cariñosa expresión. Breve pausa. Enriqueta hace el último esfuerzo para aparecer tranquila.)
- RAM. Voy al Congreso un instante,  
cuando vuelva .. pensaremos  
lo que resolver debemos.  
Asunto tan importante  
allí ocupa mi atención,  
que á faltar no me resuelvo.  
(No te apartes mientras vuelvo  
de tu hija.)  
(Acercándose á Enriqueta y en voz baja )  
ENR. (¡Gracias, Ramón!)
- (Cogiéndole cariñosamente las manos y con tierna expresión de agradecimiento por dejarla allí con su hija.)
- RAM. (¡Solas las dejo á las dos!  
¡Nada mi amargura evita!  
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)  
¡Pobre niña!) Señorita...
- EMILIA ¿Qué? .. ¡Ah!... Vaya usted con Dios.  
RAM. (¡Llevo el alma destrozada!  
¡No hay pesar que más aflija!  
¡Pobre madre y pobre hija!  
¿Cuál es la más desgraciada?)  
(Vase derecha.)

#### ESCENA IV

ENRIQUETA, EMILIA, después RAMÓN que vuelve por la derecha. Enriqueta, así que desaparece Ramón, no pudiendo ya contener su dolor, que tanto ha comprimido en la escena anterior, se echa en brazos de Emilia dominada por una mortal congoja. Hace esfuerzos por romper á llorar, pero no puede. Emilia la contempla asustada

- ENR. ¡Ay!  
EMILIA ¡Eh! ¿qué es eso? ¡señora!  
¿Se siente usted mal? ¡me espanta  
su palidez! ¡Virgen santa!  
¡y encontrarme sola ahora!  
¡favor! ¡su estado me inquieta! (Gritando.)
- RAM. ¿Qué sucede?  
(Aparece por la puerta derecha con el sombrero para salir á la calle.)
- EMILIA ¡Ah! ¡venga usted!

¡Se ha puesto mala! ¡no sé  
qué es lo que tiene!

RAM. ¡Enriqueta!

¡Enriqueta! ¡Su dolor

(La sienta en el sofá.)

la asesina! ¡Desgraciada!

(Enriqueta empieza á volver en sí.)

¡Habla! ¿Qué tienes?

ENR. No es nada.

EMILIA ¡Señoral...

ENR. ¡Ya estoy mejor!

(Con triste sonrisa.)

RAM. Entra á descansar.

ENR. No tal.

EMILIA ¡Si no es nada! ¡Ya ha pasado!

¡Ay! ¡qué susto me he llevado!

¡Si se puso usted mortal!

ENR. ¡Ya estoy bien!

RAM. ¿De veras?

ENR. Sí.

¿No lo ves? ¡Si esto no ha sido  
nada!

RAM. (¡Infeliz!)

ENR. ¡Un vahido!

¡No te detengas por mí!

RAM. Usted... la acompañará

mientras vuelvo. (A Emilia.)

EMILIA Sí, señor. (Con alegría.)

RAM. (¡Me duele ver su dolor!

(Dirigiéndose al foro.)

¿Quién mejor la cuidará?) (vase)

## ESCENA V

ENRIQUETA y EMILIA

EMILIA ¿Se encuentra usted ya bien?

ENR. Sí.

(Abrazándola con ternura.)

muy bien, muy bien... ¡hija mía!

¡todo ha sido de alegría

al mirarte junto á mí!

EMILIA ¿Conque tanto me ama usted?

ENR. ¿Cómo no amarte?  
EMILIA ¿De veras?  
ENR. ¡Mucho!  
EMILIA ¿Sí?  
ENR. ¡Si tú supieras!...  
EMILIA ¡Por mi corazón lo sé!  
ENR. ¡Aunque haga á mi dicha agravios  
no te lo puedo explicar,  
que pierde mucho al pasar  
del corazón á los labios!  
Este amor puro que hoy labra  
de mi ventura el exceso,  
¡puede encerrarse en un beso,  
mas nunca en una palabra!  
Tú no puedes entender  
lo que aquí pasando está,  
(Señalando al corazón.)  
mas algún día quizá  
lo alcances á comprender;  
y entonces á mi agonía  
dar podrás dulce consuelo.  
(Abrazándola con ternura.)  
¡Ven, ven, y pídele al cielo  
que llegue pronto ese día!  
¡Ah, señora!

EMILIA De estos lazos  
ENR. no prives nunca á mi amor.  
EMILIA ¿Dónde puedo estar mejor  
que escudada por sus brazos?  
Sólo en eso cifro hoy  
mi más constante deseo,  
al estar en ellos creo  
que en los de mi madre estoy.  
Usted calmó mi agonía  
y yo con amor sincero,  
amo en usted y venero  
á la pobre madre mía.  
¡Su bondad amor profundo  
en mi pecho ha despertado,  
quien como yo siempre ha estado  
huérfana y sola en el mundo,  
y en su infortunio sin calma  
ni placer ni dicha espera,  
siente al hallar quien la quiera

tanta alegría en el alma!...  
Deje usted en este día  
libre mi llanto brotar:  
¡ay! gusta tanto llorar  
si se llora de alegría...

## ESCENA VI

DICHOS, PABLO que entra agitado por el foro

PABLO ¡Señorita, señorita!  
ENR. (Levantándose y acercándose á Pablo.)  
¿Qué es eso? Estás azorado.  
PABLO ¡El caso no es para menos!  
ENR. ¡Habla! (En voz baja á Pablo.)  
PABLO ¡Está aquí!  
ENR. ¿Quién?  
PABLO Don Carlos.  
ENR. ¡Ell... ¡Dios mío!  
PABLO Se quedó  
en la antesala esperando.  
¡Quiere entrar á todo trance!  
Cuando Francisco se trajo  
á la niña, don Alfredo  
vió en la estación á don Carlos  
que iba en busca de su hija  
también, y allí se ha enterado  
de todo. ¡Viene á llevársela!  
ENR. ¡Oh! no; es preciso evitarlo  
hasta que vuelva Ramón.  
PABLO Bien está.  
ENR. (Dí que entre, Pablo.)  
(Vase Pablo por el foro.)  
Hija mía, una visita  
me separa de tu lado  
un momento.  
EMILIA Bien, señora,  
¿qué debo hacer?  
ENR. Pronto acabo.  
Entra en ese gabinete.  
(Por la puerta izquierda.)  
EMILIA Con impaciencia la aguardo. (Vase.)

## ESCENA VII

ENRIQUETA, después CARLOS

- ENR. ¡Y pensar que á separarla  
van de mis brazos ahora!...  
(Queda abatida, Carlos entra por el foro y la contempla  
un momento: al verle Enriqueta recobra su entereza y  
dignidad.)
- CAR. Dispéñeme usted, señora,  
si he venido á importunarla;  
mas aunque mucho me aflija  
mi deber lo ordena así:  
no extrañe usted verme aquí;  
vengo á buscar á mi hija.  
No trataré de ocultar  
que la impaciencia me abrasa.
- ENR. ¿Teme usted que en esta casa  
no se la sepa guardar?  
(Con irónica dignidad.)
- CAR. ¡Temo... agravar mi dolor!  
¡La venganza á Ramón ciega!
- ENR. ¡Quien al delito se entrega  
vive siempre con temor!
- CAR. (¡Oh, que así mi culpa expíe!)
- ENR. Es natural que en su anhelo  
quien la aguarda con tal celo  
en los demás no confíe.
- CAR. ¡No me haga usted más sufrir!  
¡Si hoy hasta su casa vengo,  
es, señora, porque tengo  
aquí un deber que cumplir!  
Jamás podré resignarme  
á que mi pasado cuente  
Ramón á mi hija, y que intente  
su cariño arrebatarme.  
El me hizo tal juramento  
antes, y estando aquí ahora...
- ENR. ¿Teme usted?
- CAR. ¡Temo, señora,  
que cumpla su ofrecimiento!  
¡Tan solamente decirlo

me espanta! ¿cómo es posible  
que ella!... ¡No, no, fuera horrible!  
¿Y viene usted?...

ENR.  
CAR.

¡A impedirlo!  
¡Yo sé que he sido un malvado;  
disculparme no pretendo,  
y menos hoy que comprendo  
lo infame de mi pasado!  
¡Del mundo la indignación  
con justa causa provoco;  
y estoy como un pobre loco  
que recobra la razón!  
¡Lo confieso, aunque me aflija  
de mi inquietud á despecho;  
mas nadie tiene derecho  
á decirselo á mi hija!  
¡De su amor filial los lazos  
con su rencor rompería,  
y al hacerlo... saltaría  
mi corazón en pedazos!  
¡De mis faltas el exceso  
no oculto de ningún modo,  
él tendrá derecho á todo,  
á todo... menos á eso!

ENR.

¡Tal temor es natural  
que abrigue con desconsuelo  
quien, como usted, es modelo  
de santo amor paternal!

CAR.

¡Cese ya tanta ironía!  
¿aun bastante no he sufrido!  
yo solamente he venido  
á llevarme á la hija mía,  
y no á aumentar más aquí  
las angustias de mi pecho!

ENR.

¡Comprendo! ¿Y con qué derecho  
viene á reclamarla así!

CAR.

¿Con qué derecho? — ¡Y lo duda!...  
¡Soy su padre!

ENR.

¡No... mentira!  
¡Quién por su hija no mira  
y su pureza no escuda!  
¡Quien en su loca demencia  
por maldad ó por error,  
intenta robar su honor

- mancillando su inocencia,  
aunque su pecho taladre  
llamarse así no podrá!  
¡No todo aquel que el sér da  
merece el nombre de padre!
- CAR. ¡Señora, por compasión,  
no aumente más mi tormento!
- ENR. ¿Soy acaso injusta?
- CAR. ¡Siento  
que enloquece mi razón!  
¡Ni al más vil que en su querella  
pide ver con santo anhelo  
á su hija... ese consuelo  
se niega!... ¡al menos por ella!
- ENR. Bien: con una condición  
pongo á sus deseos tasa,  
que no saldrá de esta casa  
hasta que vuelva Ramón.  
A mí confiada está  
por él, y no debo ahora...
- CAR. ¡Yo lo prometo, señora!
- ENR. Ahora mismo aquí vendrá.  
(Vase por la izquierda.)

## ESCENA VIII

CARLOS, después EMILIA

- CAR. ¡Y pensar que en mi egoismo  
intenté ciego perderla!  
¡Tiemblo al pensar que he de verla!  
¡Me avergüenzo de mi mismo!
- EMILIA ¡Padre! (Saliendo y dirigiéndose con alegría á Carlos.)
- CAR. ¡Hija mía... ¡Tú aquí! (Abrazándola.)
- EMILIA Te extraña verme... ¿verdad?  
yo tampoco en realidad  
me lo explico; aunque si así  
lo has dispuesto tú...
- CAR. ¿Yo? es cierto.  
Sí, hija mía, sí, yo he sido (Disimulando.)  
quien había convenido...
- EMILIA ¡Ah! pues entonces... ¡Te advierto  
que no me pesa! (Con alegría.)



CAR.

¿Por qué?

EMILIA

¡Si no sé explicarlo ahora!  
¡desde que ví á esta señora  
con toda mi alma la amé!

CAR.

(¡Oh!)

EMILIA

¡Me quiere tanto... sí!  
¡no lo dudes! ¡Qué alegría! (Abrazándole.  
Yo hablar contigo quería,  
pero tú... (Enfadándose de pronto.)

CAR.

¿Qué quieres, dí? (Con cariño.)

EMILIA

¿Qué quieres? ¿qué he de querer!  
reñirte.

CAR.

¡No seas niña!

EMILIA

¡Pues es muy justa mi riña!  
¡Por qué no me viste ayer?

CAR.

Mis ocupaciones...

EMILIA

Sí...

¡Siempre la misma canción!  
¡tu primera ocupación  
debía ser verme á mí!

CAR.

Tienes razón: te concedo  
que hice mal.

EMILIA

Muy mal hiciste.

Dime, ¿por qué le escribiste  
ayer esta carta á Alfredo?

¿Qué? ¿Te callas? (Enseñándosela.)

CAR.

(Aterrado.) ¿Yo? ¡Dios mío!

EMILIA

Por eso me fuí con él.

CAR.

(¡Oh, qué martirio tan cruel!  
¡de qué modo horrible expío  
¡mi falta con mi dolor!)

EMILIA

Como la carta decía  
que á la casa de su tía  
fuese...

CAR.

¡Calla, por favor!

EMILIA

¡Esta señora... mi falta (Con inocencia.)  
también reprendió! ¿Qué mal  
hay en ello? ¡duda igual  
aun sin quererlo me asalta,  
pero mi duda refreno  
y así pretendo alentarme!  
¡Tú no ibas á aconsejarme  
nada que no fuese bueno!

CAR.

¡Oh! sí sí, yo no sabía,

mi bien, lo que entonces hice.  
¡Si alguien que miento te dice,  
dí que no es cierto, hija mía!  
¡De acciones tan miserables  
no soy capaz.

EMILIA ¡Me estremeces!

(Sin comprenderle.)

CAR. ¡Es que en este mundo á veces  
hay errores lamentables!  
¡Que hubo en mí maldad, no creas!  
un engaño me cegó.

EMILIA ¡Crear en tí maldad yo!

¡No, jamás!

CAR. ¡Bendita seas! (Abrazándola.)

¡No lo dudes! ¡Esto ha sido  
tan sólo un engaño horrible  
si no... ¿cómo era posible  
que yo hubiese consentido!...

¡En quien la vida te dió  
no cabe acción tan impía!

¡tu vida podrá ser mía,  
pero tu pureza no!

¡Esa es de Dios! ¡Tal recelo  
deseche tu alma sincera!

¿yo... robártela!... ¡eso fuera  
robar un ángel al cielo!

¡Cometer tal villanía,  
yo que por tí sólo aliento!...

¡no abrigues tal pensamiento!

¡no lo abrigues, hija mía!

EMILIA ¿Yo?... ¡no! ¡qué agitado estás!

(Sin comprender aún lo que dice Carlos.)

¿qué tienes? ¡no te comprendo!

CAR. (¡Oh! ¡yo á mi mismo me vendo!)

¡No me comprendas jamás!

EMILIA ¡Vamos, cálmate! ¿por qué

quieres agitarte así?

¡Hoy todos están aquí  
tan tristes, que yo ni sé

lo que me pasa!

CAR. ¡Dios mío!

EMILIA ¡La noticia que me has dado  
de que te vas, me ha causado  
tanta pena!

- CAR. Yo confío...  
y es lo que más interesa,  
en que... (por más que me aflija  
mi ausencia) como á una hija  
te cuidará la marquesa  
del Solivar.
- EMILIA (Con disgusto.) ¡Yo á su lado  
vivir!...
- CAR. Sí; ¿lo sientes?
- EMILIA ¿Yo?
- CAR. Ella misma me ofreció  
su casa.
- EMILIA ¿Y has aceptado?
- CAR. Sí.
- EMILIA Bien está, no resisto. (Con pesar.)  
Mas vivir en compañía  
de esa señora...
- CAR. ¡Hija mía!...
- EMILIA ¡Como yo nunca la he visto!
- CAR. No importa.
- EMILIA (Con humildad.) Haré desde ahora  
lo que tú quieras mandarme;  
(Con viva expresión.)  
mas si quisieras dejarme  
aquí con esta señora...  
(¡Oh!)
- ALF. ¡Me ama tanto!
- EMILIA ¡Por Dios!
- CAR. ¿no pienses!...
- EMILIA ¿Por qué eso dices?  
¡seríamos tan felices  
viviendo juntas las dos!  
¡Ese es el único bien  
que hoy anhelo con ternura!  
¡Es tan buena!... ¡Estoy segura  
de que tú la amas también!  
¿verdad?
- CAR. Sí.
- EMILIA ¿Qué tienes?
- CAR. ¡Nada!
- EMILIA ¡qué he de tener! ¡no te asombre!  
¡Qué infame sería el hombre  
que la hiciera desgraciada!
- CAR. (¡Mi castigo es merecido!) (Aterrado.)

- EMILIA ¡Amarla tanto... y ahora  
vivir con otra señora  
á quien nunca he conocido!
- CAR. ¿Y eso causa tu pesar?
- EMILIA No, pero...  
¡Ah!  
(Volviéndose de pronto hacia Carlos.)
- CAR. ¿Qué te pasa?
- EMILIA Dime, ¿va Alfredo á esa casa  
donde me vas á llevar?  
¿No irá, verdad?
- CAR. (¡Desgraciada!)
- EMILIA ¿Por qué lo quieres saber?  
Porque no le quiero ver;  
estoy con él enfadada!  
¡Me ha engañado! Mas me obligo  
á castigarle... ¡y lo haré!  
Cuando yo le supliqué  
que me llevara contigo,  
al punto me respondió  
sin turbarse, que vivías  
en la quinta que tenías  
fuera de Madrid, y yo...  
¡ya ves!... ¡así lo creí!...  
que anduve torpe sospecho,  
mas él, ¿no es verdad que ha hecho  
mal el engañarme así?
- CAR. ¡Muy mal!
- EMILIA Yo le haré pagar  
caro, muy caro su engaño;  
por lo menos en un año  
no le vuelvo más á hablar.
- CAR. ¡Sí, dices bien, hija mía!
- EMILIA No faltaba más... yo haré  
que se enmiende y probaré  
que sé tener energía.
- CAR. ¡Oh, sí, tenla!
- EMILIA Vaya, y mucha.  
Buen castigo así le damos.  
Sin embargo... ahora que estamos  
solos, y que él no me escucha,  
á hacerte una confesión  
voy...
- CAR. Impaciente la espero.

EMILIA (Con rubor )  
Pues bien, es. .

CAR. ¿Qué?

EMILIA Que le quiero  
con todo mi corazón.

CAR. ¡Oh!

EMILIA ¡No apagó su demencia  
el amor que existe en mí!

CAR. ¡Repara, Emilia!...

EMILIA Ahora sí  
que va á ser triste tu ausencia  
para mí. Sin tí... sin él...

¡qué soledad tan sombría!

CAR. ¡Y piensas tú que la mía  
ha de ser menos cruel!

¡Allí, solo, sin hogar,  
siempre en tí, mi bien, pensando  
iré la dicha buscando  
y no la podré encontrar!

Tu amor con loca demencia  
por doquiera buscaré,  
y en vez de amor hallaré  
la soledad y la ausencia.  
Mi amargura y mi quebranto  
lágrimas me arrancarán,  
y hasta á tí no llegarán  
mis suspiros y mi llanto.

De otro sol el resplandor  
me herirá con sus reflejos,  
y siempre lejos... muy lejos,  
y á solas con mi dolor;  
nada de mi afán impío  
calmar podrá los enojos.

¡Sin tí veré ante mis ojos  
el mundo entero vacío!

Mas ¿qué?.. ¡lloras!... ¡Tu pesar  
deshecha! (¡Pobre hija mía!)

¡Pensemos sólo en el día  
en que te vuelva á abrazar!

¡Ya verás con cuánto amor  
me volverás luego á ver!

¡Un instante de placer  
cuesta un siglo de dolor!

EMILIA Es fuerza que pronto acabe  
esta ausencia.

CAR. ¡Será así!  
EMILIA ¿Y hoy mismo te marchas?  
CAR. Sí.  
EMILIA ¿Y cuándo vuelves?  
CAR. (¡Dios sabe!)

## ESCENA IX

DICHOS, ALFREDO por el foro

EMILIA Abrigo cierta zozobra...  
CAR. ¿Quién es?...  
(Volviéndose al sentir los pasos de Alfredo que, al verlos, se detiene con temor.)  
EMILIA (¡Alfredo!) (Viéndole con rubor.)  
CAR. (¿Qué hacer?)  
(Contemplando á los dos.)  
EMILIA (Me voy... No le quiero ver.)  
(A Carlos, y vase corriendo por el foro.)  
ALF. (Abatido.)  
¡Carlos!  
CAR. ¡Gózate en tu obra!

## ESCENA X

CARLOS, ALFREDO; después RAMÓN por el foro

ALF. ¡Mi obra!  
CAR. Es verdad. También es  
mía... negarlo no quiero;  
¡yo te aconsejé primero!...  
¡tú la engañaste después!  
De los dos fué la victoria,  
pues corrimos de ella en pos;  
no lo dudes... ¡á los dos  
nos cabe la misma gloria!  
ALF. Carlos... óyeme en razón.  
CAR. ¿Qué más me quieres decir?  
¡Yo no te puedo pedir  
cumplida satisfacción!...  
para hacerlo, bien lo sé,  
no tengo ningún derecho.

¡Tú tan solamente has hecho  
lo que yo te aconsejé!

ALF. ¡Aun puedo hacerla dichosa  
y mi falta reparar!

CAR. ¡Y cómo lo has de lograr!

ALF. ¡Cómo. haciéndola mi esposa!

CAR. ¡Emilia tu esposa!... ¡No,  
no pronuncies ese nombre!  
¡ella la esposa del hombre  
que seducirla intentó!  
¿Acaso lograr podrías  
que en tí confiara su pecho?  
Lo que ahora con ella has hecho  
luego con otras harías;  
y ese temor solamente,  
su ventura arrebatando,  
quizá fuera envenenando  
su existencia lentamente.

Tu proceder execrable  
no merece ese consuelo.  
¡Ella es un ángel del cielo  
y tú eres un miserable!...

ALF. Carlos... piensa...

CAR. Ya por todo

es preciso que pasemos.  
¡Ni tú ni yo merecemos  
que nos llamen de otro modo!

Si yo no hubiera causado  
el mal que llorando estoy,  
y no advirtiese que soy  
como tú, vil y malvado;  
si yo de perfidia lleno  
obrado no hubiera así...

¿piensas acaso que aquí,  
ahora tranquilo y sereno  
tus palabras escuchara  
en mi ciega indignación,  
sin que de tu infame acción  
pusiera el sello en tu cara?

¡Si piensas eso, insensato,  
calla... no lo digas hoy;  
porque aun siendo lo que soy  
no sé cómo no te mato!

ALF. ¡Carlos!...

- CAR.                           ¡Calla... no me llames!...  
¡Nuestro crimen es inmenso!
- ALF.                           Piensa que yo...
- CAR.                           ¡Sólo pienso  
en que somos dos infames!
- ALF.                           Yo de mi pasada acción  
me arrepiento y la deploro.  
¡Mas piensa que á Emilia adoro  
con todo mi corazón!
- CAR.                           ¡Me pasma tu audacia local  
¡Amor!... ¡Deja que me asombrel  
¡Amor dices!... ¡Ese nombre  
se profana en nuestra boca!
- ALF.                           De todo cuanto pasó  
hoy me encuentro arrepentido,  
y humildemente te pido  
la mano de Emilia.
- CAR.                           No.
- ¡Nunca!
- ALF.                           Yo haré por borrar  
de mi torpe acción la huella.
- CAR.                           ¡Ni tú eres digno de ella,  
ni yo te la puedo dar!  
¿Piensas acaso que yo,  
porque la vida le dí,  
puedo disponer así  
de la hija mía?... ¡No, no!  
¡Quien con proceder villano  
supo hacer lo que yo he hecho,  
no tiene ningún derecho  
para conceder su mano!  
¡Cuando algún día los dos  
(Aparece Ramón por el foro.)  
nuestro delito expiemos,  
y ambos nos regeneremos  
ante el mundo y ante Dios!...  
Cuando logremos borrar  
la acción que hoy me hace sufrir,  
¡tú me la podrás pedir...  
yo te la podré otorgar!  
¡Que hoy, aunque así no te cuadre,  
por nuestro pasado odioso,  
ni mereces ser su esposo,  
ni yo llamarme su padre!



ALF. Yo obré por tí dirigido.  
CAR. Inútil es tu disculpa.  
¡Tuya y mía fué la culpa!  
RAM. ¡Sí... los dos la habéis tenido!  
CAR. Ramón... (Breve pausa.)  
RAM. ¿Me esperabas?...  
CAR. Sí;  
á eso he venido. A buscarte.  
RAM. Yo también deseo hablarte.  
¿Qué es lo que quieres aquí?  
ALF. Ya que ella mi dicha labra (A Carlos.)  
digno de su amor me haré...  
¡Cuando lo sea... vendré  
á exigirte tu palabra! (Vase por el foro.)

## ESCENA XI

CARLOS, RAMÓN, después EMILIA por la izquierda

CAR. A sufrir no me resigno,  
ya tu ciega obstinación.  
RAM. No te comprendo.  
CAR. Ramón,  
tu proceder es indigno.  
RAM. (Dominándose y con irónica expresión.)  
Carlos... es cierto... ¡Salvar  
de una deshonra segura  
á esa pobre criatura...  
es indigno á no dudar!  
CAR. No... no ocultes de ese modo  
tu intención... Aunque me aflija,  
sé que has buscado á mi hija  
para contárselo todo.  
¿Esos instintos menguados,  
qué pechos abrigar saben?  
RAM. ¡En el tuyo sólo caben  
sentimientos elevado!  
CAR. ¡Yo sé bien cuál es tu intento!...  
RAM. ¡Tú!...  
CAR. ¡La impaciencia me abrasa!  
¡Mi hija se encuentra en tu casa  
y de ella saldrá al momento!  
¡Eso me impulsa á venir!

Hoy mismo sin dilación,  
á Cádiz, en dirección  
á América, he de partir.  
La respetable señora  
marquesa del Solivar,  
es la que debe cuidar  
de esa niña desde ahora.

RAM.

¿Y vienes por ella aquí?

CAR.

Sí: llevarla al punto quiero,  
á esa casa, donde espero  
que viva siempre.

RAM.

¡Ella allí!

¡Nunca; aunque seas su padre  
y aunque me juzgues malvado,  
ni tú mismo ya del lado  
la arrancarás de su madre!

CAR.

(Comprendiendo en todo su valor la generosa acción  
de Ramón.)

¿Qué has hecho?... ¡Y yo le insulté!

¡Perdona mi loco anhelo!

¡Abrigué tan ruin recelo  
porque cual yo te juzgué!

¡Justo es que tu voz me arguya  
en mi delirio sin calma,  
era muy pequeña mi alma  
para comprender la tuya!

¡Esa noble acción que has hecho  
de mi hija en beneficio,  
me impone otro sacrificio  
aunque desgarré mi pecho!

RAM.

Sí: te lo impone, es verdad.

CAR.

¡Hoy mismo me alejaré,  
y á turbar no volveré  
nunca tu felicidad!

¡Comprendo que aunque me aflija  
es preciso tal hazaña!

¡No volveré más á España!

¡No veré más á mi hija!

RAM.

El mundo podrá juzgar  
la acción mía como quiera,  
su fallo tranquilo espera  
mi corazón. Yo al obrar  
como mis acciones fundo  
del deber en la obediencia,

sólo atiendo á mi conciencia  
y no á lo que diga el mundo.  
¡Siendo á mi conciencia fiel  
esta acción no me sorprende!...  
¡si alguno no la comprende  
tanto peor para él!...

CAR. ¡Los que honrados habéis sido  
nada teméis... es verdad!  
mas los que por la maldad  
sujetos hemos vivido,  
como nada nos disculpa,  
siempre de todo tememos,  
y algún día nos hacemos  
ESCLAVOS DE NUESTRA CULPA.

## ESCENA ULTIMA

DICHOS, ENRIQUETA y EMILIA

EMILIA Sí, de veras. (Dentro.)  
(Luego apareciendo en la puerta de la izquierda. Carlos queda abatido. Ramón se acerca á recibir á Enriqueta.)

ENR. (Breve pausa.) ¡Ay de mí!  
EMILIA ¡No quiere!... ¡Adiós, pues, señora!  
RAM. No, niña. Usted desde ahora  
se queda en casa.

EMILIA ¿Yo aquí?

RAM. Como una hija ..

ENR. ¡Ramón!...

¡Oh! ¡Gracias, gracias!...

RAM. (Aparte.) (Ten calma)

ENR. (¡Cuánto te debemi alma  
por tu generosa acción!)

RAM. Todo lo mereces.

EMILIA (A Carlos.) Padre.

ENR. (¡A tí sólo debo hoy  
cuanto he sido y cuanto soy  
como esposa y como madre!)

CAR. ¡Con tu noble acción me humillas,  
Ramón... mi querido hermano!

(A Ramón con expresivo sentimiento y volviéndose  
hacia Emilia.)

- ¡Emilia!... ¡Besa esa mano!  
¡de rodillas!... de rodillas!
- EMILIA ¡Sí  
(Cayendo de rodillas al lado de Ramón y besandole la mano.)
- CAR. ¡Bendigamos los dos  
á quien en su alma atesora  
tanta nobleza! Señora...  
(Enriqueta permanecerá á la izquierda de Ramón, apoyada en sus brazos. Emilia á la derecha y á sus pies, Carlos se separa con dolor de aquel grupo y dice desde el centro de la escena.)
- ¡Ramón!... ¡Hija mía! . ¡Adiós!  
(Vase precipitadamente por el foro.)
- EMILIA ¡Oh!... ¡no! . ¡padre! ¿Dónde vas?  
(Se detiene en el centro de la escena.)  
¡Se fué! ¡Su dolor me espanta!  
¡Protégele, Virgen santa!  
¡No le abandones jamás!  
(Emilia queda arrodillada en medio de la escena. Enriqueta la contempla con vivo sentimiento, sin separarse de Ramón, que la anima con cariñosa expresión.)

FIN DE LA COMEDIA



Los ejemplares de esta obra se hallan  
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento  
todo ejemplar que carezca del sello de  
*la Sociedad de Autores Españoles.*